



HEMEROTECA  
MUNICIPAL



DE MADRID

**UN CONVENTO EN EL SIGLO XI.**  
**EPISODIO DE UNA NOVELA**  
DE  
**Gustavo Freytag.**



**I.**

EN EL AÑO 1003.

Donde el Geisa vierte sus aguas en el Fulda levántase entre praderas y fértiles campiñas el monasterio de Campo-Heroldo. Altos principes celestiales son sus patronos, pues la iglesia del claustro encierra reliquias de dos apóstoles; pero dos compañeros del santo Bonifacio han probado el más ardiente celo por la prosperidad del convento: el arzobispo Lulio, que fué el primero que condujo los monjes al solitario campo; y el gran misionero Wigberto, cuyos restos fueron allí depositados muchos años después de su muerte, pero que desde entonces realzó con innumerables milagros la fama del santuario. Como el mayor de todos alababan las gentes, que en el país desierto hubiera surgido como por ensalmo tan poderosa obra humana, torres y altos campanarios, y en torno de estos gran número de edificios de piedra y barro, cuyos techos labrados por las tormentas brillaban con argentinos reflejos á los rayos del sol meridiano. Y en verdad lo

que se llamaba monasterio era una plaza fuerte separada de la llanura por murallas, empalizadas y fosos. Más de doscientos años habían orado allí los monjes pidiendo para los creyentes la salvación y buen recibimiento en la otra vida, con lo cual ellos mismos se habían hecho ricos en bienes terrenales recibidos de los piadosos cristianos, aquejados de amargo cuidado por su destino futuro. Los castillos, aldeas y terrenos propiedad del convento, estaban desparramados por muchos distritos, no sólo en tierra de Hesse, sino también en Sajonia y Baviera, y sobre todo en Turingia. Pertenecían ahora á la comunidad buena parte de los bienes eclesiásticos donados á San Bonifacio por los montañeses Turingios en tiempo de la conversión al cristianismo; y cuando el abad alzaba su pendon para salir á campaña sus feudatarios y vasallos formaban lucido ejército de á pié y á caballo, y el prelado entraba en el campamento del emperador sajón como un gran señor del imperio, seguido de noble comitiva. Más de doscientos años hacía también que los hermanos combatían con el hacha y el arado contra la selva brava y las yerbas nocivas, sembraban incesantemente el trigo, ingertaban árboles frutales y plantaban viñedos. Hiciéronse así insensiblemente grandes labradores, que poseían por millones las cabezas de ganado, las colonias y los siervos de gleba. Y ahora descansaban en la plenitud de cosas buenas formando una comunidad de ciento cincuenta hermanos; disponían de repletos trojes, detricadores rebaños; contemplaban satisfechos la rica propiedad, y como amos previsores ordenaban el trabajo diario de numerosos servidores, cuyas habitaciones encerraba el recinto del convento ó formaban una gran aldea en la orilla opuesta del Fulda. Y no sólo como labradores alcanzaron fama y riqueza los monjes consagrados al servicio del Dios de los cristianos; llegaron á ser maestros en cuanto el arte y la habilidad manual ofrecía al tráfico humano. Junto al palacio abacial estaba la hospedería, entre establos y graneros, cerca de la cervecería y de sus anchas y abovedadas bodegas, resonaba sobre el yunque la pesada bigornia del armero, y el martillo más liviano del platero que engarzaba piedras preciosas en oro y plata, y sabía afiligranar vasos sagrados, preciosas encuadernaciones; y también espléndida vagilla donde brindaban el abad y sus nobles huéspedes. Un hermano tenía las llaves de la armería donde se custodiaban yelmos, sables y escudos para un ejército; otro recibía de los curtidores las pieles que examinaba como perito, conocía las recetas de los colores y preparaba los mordientes que habían de fijar aquellos en vistosos cueros. Nunca faltaba un monje que supiera medir el terreno para nuevas construcciones, trazar los planos y enseñar á los albañiles cómo deben los materiales adaptarse á las curvas de las bóvedas unidos por cemen-



tos que las hagan perdurables. Así que de muy lejos venían las gentes no sólo para orar junto á los huesos de los santos é impetrar el favor divino por la mediación bien retribuida de los monjes; también los que buscaban sanos consejos y ventajas terrenales acudían, y no en vano; allí el comerciante encontraba mercancías que trocaba con las suyas, y el gran propietario ora marchaba con un bien entendido plano para el sólido palacio que proyectaba sobre oreado altozano, ora llevaba consigo un hermano alarife capaz de llevar al pátio de su castillo las aguas de lejana fuente ó de tender sobre el río anchuroso un puente de piedra vistoso y duradero. El que se rendía á los rigores de la enfermedad iba suplicante al médico del convento, y recibía del boticario manojos de yerbas salutíferas, ungüentos fortificantes y sobre todo el celebrado licor de San Wigberto. Los necesitados y mendigos del país sabían el camino de aquella casa, de la que nunca salían sin el socorro necesario en alimentos y vestidos; porque lo que unos en las horas de remordimiento ponían á los piés del altar para ganar el cielo, servía á otros para mejorar un poco su situación terrenal. Y aquellos monjes que se habían consagrado al servicio del Señor, con votos de humildad, desprendimiento y penitencia, por la fuerza de las circunstancias habían llegado á ser altivos maestros y señores de las cosas humanas, incapaces de someterse á la estrecha regla de la comunidad.

En una calurosa siesta del estío un monge forastero estaba arrodillado en las gradas del altar sumido en silencioso rezo; el báculo y sombrero, de viaje, que estaban á sus piés, denotaban que era un recién llegado; junto al resto del sóbrio equipaje arrodillábase un lego jóven, que había sido su compañero de viaje. En la sillería del coro, á la derecha del sillón abacial, estaba sentado el dean Tutilo, prior del convento, hombre alto, ancho de espaldas, de musculoso cuello y pobladas cejas, sus manos se cruzaban con descuido y miraba impaciente al forastero, cuya devoción parecía interminable. Pequeño era el número de los padres que acompañaban al prior, todos dignidades ú oficios del convento; entre ellos Herigo el despensero, sugeto risueño y favorito de la comunidad, servicial para todos y de todos servido con buena voluntad; el portero Walto, que era á la vez el síndico del convento, conocido en todo el país como hombre de buen consejo; estaban también dos viejecitos, Bertram y Simtram, sajones ámbos y tan parecidos con sus cabezas redondas coronadas de escasos cabellos blancos, que se les hubiera tomado por dos gemelos; el mismo día habían entrado en el cláustro, habitaban la misma celda y trabajaban juntos en la huerta; lo que

quería uno agradaba al otro; en el paseo eran inseparables, aunque silenciosos ambos apenas cambiaban una palabra.

Cuando el monge forastero puso fin á sus oraciones y levantándose se dirigió con la cabeza inclinada hácia el deán, cogiéndole éste de la mano, condújole al centro del coro y presentóle el oído, en el que el otro murmuró las palabras consagradas por las que se reconocen los padres y dignatarios de la orden de San Benito. «Bendita sea tu llegada, hermano Reinardo» contestó el prior con voz ronca que resonó en la alta bóveda, besóle y tras de él lo hicieron los otros monges. «No es cargo cómodo el magisterio á que vienes llamado desde tu cátedra del Monasterio de Allaha; aquí encontrarás un rebaño harto mal domesticado; felizmente á San Wigberto no le faltan árboles de donde cortar buenas varas. Ven que te enseñe nuestra casa, y el palenque en que has de luchar contra los ignorantes.» Y esto diciendo echó á andar seguido de los otros frailes, y el último el lego que llevaba el hatillo del forastero.

Guió Tutilo á la clausura, que era como la ciudadela del monasterio, elevándose con sus dos pisos en el centro de todos los patios y edificios; allí estaban las habitaciones de los monges, y de los escolares consagrados por sus familias perpétuamente al servicio divino; formaba el edificio un rectángulo que encerraba un pátio descubierto, sin comunicacion ninguna al exterior, con entrada por la iglesia y salida frontera á las cocinas y accesorios. Tilos corpulentos rodeaban una fuente en el centro del pátio, al que daban todas las puertas y ventanas del edificio; en la planta baja de éste reinaba una hermosa galeria de esbeltas columnas de piedra, y entre ellas cómodos bancos de madera; de modo que durante el mal tiempo pudieran los padres pasear ó descansar en las horas de recreo. La casa parecía completamente desierta y el extranjero no pudo descubrir ni una cabeza tonsurada á pesar de ser la hora que la regla asignaba á los hermanos para reponerse del trabajo y de los rezos. Tutilo observó la mirada escrutadora del monge, y señalando la vasta galeria le dijo: «Cualquier otro día tendrías que repasar tus manos muchas veces si hubieras de contar por los dedos los monges y novicios; pero hoy todos han salido. Los últimos días han sido bochornosos, amenaza una nube y la comunidad de San Wigberto trabaja en el heno; es costumbre antigua del convento, que procede, segun cuentan, del tiempo de los fundadores; hoy, á decir verdad, la jornada es más bien una fiesta que otra cosa; muy pronto percibirás el tumulto del regreso.»

Cuando pisaron las habitaciones interiores, el recién llegado vió en el vasto refectorio un aparador con hermosas tazas y copas, muchas de ellas de metales preciosos; y cuando recorría el



pasillo, á que se abrian las celdas, atisbó por las puertas entreabiertas magníficos sillones forrados con cojines de seda, y sobre las camas, blancas almohadas y rizosas mantas de lana de espléndidos colores y bordadas cenefas; habia tambien enormes baules, candeleros de metal con gruesos cirios, ó grandes lámparas doradas; sobre una mesa se destacaba un tablero de ajedrez con sus figurillas esculpidas que imitaban hombrecillos y animales; así que el viajero pudo observar que los monjes con este menaje, que se habian procurado, debian vivir con toda comodidad; y si bien como fraile estaba habituado á contener su lengua, no pudo ménos de exclamar «Como principes de la tierra viven en esta casa los siervos de los santos.»

Bien advirtió Tutilo el tono de reproche, y contestó con altivez «Creo yo que nuestros hermanos pueden levantar la cabeza cuando se comparan con las gentes del mundo; sin embargo, estas pequeñas superfluidades que has visto, pertenecen sólo al decano y á los más antiguos, que son los que para ello tienen licencia.» El extranjero aprobó silenciosamente con la cabeza.

Tutilo hizo seña al lego de no pasar adelante, sacó de la faltriquera una enorme llave, y abrió en el crucero una puerta baja, que cerró en cuanto pasaron sus acompañantes. Estaban en el pátio de la abadía, entre caballerizas y almacenes, delante de un soberbio edificio de madera, al que daba ingreso un pórtico; allí tambien estaba todo desierto; las ventanas tenian vidrios sujetos con plomos, pero los postigos estaban cerrados y faltaban algunos cuarterones. «Bien sabes» dijo Tutilo con adusto ceño «que nuestro señor abad Bernheri se avergüenza de habitar entre sus hermanos; allá arriba en la colina de San Pedro ha levantado á todo coste una celda, en ella vive con sus favoritos, y rara vez pone los piés en la casa abacial; en lo alto se oye mejor el canto del faisán y el paso del corzo; nosotros aquí abajo aguardamos las órdenes que nos envía desde su altura. Aquí comienzan tus estados» prosigió el prior penetrando en otro pátio cercado «Esta es la escuela de esternos, á la que concurren los estudiantes que hemos de educar para soberbios clérigos mundanos; treinta de ellos contaba el convento antes de la muerte de tu antecesor, hoy son ménos. En el primer banco se sientan sólomente los hijos de los nobles, casi todos Turingios ó de Hesse, la mayor parte rapaces indómitos, que se avienen muy mal con nuestra disciplina.» «Y ellos tambien han ido hoy á recoger la yerba seca?» preguntó el forastero.

«Puedes ver uno, cuando ménos» contestó el dispensero Herigo, señalando á lo alto. En la trompa del campanario estaba sentado un adolescente contemplando absorto las montañas hácia Oriente, y sin apercibir los monges del pátio. «Es Immo el tu-

ringio; siempre está allí encaramado y siempre con la vista fija en el punto del horizonte hácia donde cae su país.»

Reinardo midió al jóven con una rápida ojeada. «Bien le reconozco sobre su aireado asiento, y más parece un guerrero que un escolar preparado á recibir el santo óleo y la estola.»

«Bravio y receloso lo encontrarás» repuso Tutilo. «Desde los primeros años lo echó á perder nuestro señor Bernheri, y ahora necesita mucho ayuno y muchas disciplinas; mejor que en su agujero debieras verle sobre la paja del calabozo si los hermanos no atendieran demasiado á los servicios de sus abuelos.»

«Porque debes saber, hermano mio» prosigió Herigo «que es descendiente de un héroe bien aventurado, que segun la tradicion; fué compañero de martirio de San Bonifacio. A su abuelo dijo nuestro santo en la hora de la muerte aquellas últimas palabras, que están escritas en los libros: Arroja tu espada: Además de esto los varones de su raza han colmado siempre á nuestro convento de ricos donativos en ganados y terrenos.»

Frente á la escuela, adosada á la iglesia, estaba la biblioteca y con ella la cámara del copista, aposento desnudo y frio; las dos ventanas estaban cerradas con vidrios emplomados, pero grandes telarañas colgaban de los marcos y paredes y sólo penetraba un turbio crepúsculo, que obligaba á una lámpara siempre encendida á suministrar la mayor parte de la claridad necesaria. Delante de la lámpara un monje, que escribía, estaba sentado á un pupitre; levantóse como á disgusto cuando entraron los visitantes, y aun mientras los saludaba sus ojos, perdidos en el ancho rostro, no podían apartarse de las hojas del pergamino.

«Quiéres que tus ojos hagan penitencia, padre Gozberto?» interpeló Tutilo maravillado. «Por qué les niegas la luz del sol?»

«Debe haber grandes nieblas por ahí afuera» contestó el monje «jamás hay aquí claridad.»

«No es la niebla lo que te priva de la luz, sino la maldad de otros» gritó Tutilo abriendo la ventana.

«Mira, mira las vidrieras pintadas de oscuro por afuera; alguno te ha jugado esta mala pasada.»

«Verdaderamente afuera brilla el sol, y reconozco en las vidrieras arcilla y hollin.»

Y yo se quién te ha hecho esta picardía, él mismo ó induciendo á los pequeños» dijo Tutilo «pues Immo es el que inspira á los novatos todas estas fechorias; pero ya se vá llenando la medida» y volviéndose á Reinardo prosiguió «el padre Gozberto es un artista en la escritura, y muy pocos saben tanto como él en toda clase de letra.»

Gozberto se acercó á la estantería, abrió un códice y mostró



con satisfacción las hojas, en que resaltaban las letras pintadas con brillantes colores.

«Pocas veces he visto un dorado tan brillante, y con tanto esmero bruñido.»

«Con piedra ágata» advirtió Gozberto y volvió hojeando hasta la portada, donde en gran tamaño se veía un emperador sobre su trono, y á su lado cuatro mujeres profundamente inclinadas, con coronas de extraña forma en sus cabezas, y sendas tejas en los brazos, y en ellas algo que no se distinguía; encima estaban los nombres de los cuatro países que formaban el imperio. «Mia ha sido la invención de representar inclinadas estas figuras» dijo Gozberto con cierto orgullo «pues en el manuscrito antiguo, que creo muy bien que sea de tiempo de romanos, estaban erguidas.»

Nadie advierte que es el cuerpo del padre Sintram el que Gozberto ha pintado cuatro veces» dijo Herigo con maliciosa mueca «el buen viejo se ha pasado grandes ratos encorvado y con las manos apoyadas en el marco de la puerta, mientras Gozberto lo retrataba.» El artista miró de soslayo y no muy benévola-mente á su compañero, y prosiguió señalando el rostro encarnado del emperador. «El señor Otto el rojo, de feliz memoria»

«Pero hemos de alabar al padre» añadió Herigo «que difícilmente entre los vivientes se hallará copista que más haya escrito; cuarenta años hace que escribe en nuestra casa diariamente invierno y verano; cincuenta libros de su puño guarda el claustro, y otros muchos se han cambiado.»

Gozberto inclinó la cabeza modestamente mientras duró la alabanza, pero sus ojos brillaban «¡Y si no me hubiera faltado muchas veces pergamino, y otros libros que copiar!»

«Posible es que del monasterio de donde vengo, te se pueda prestar un buen libro» dijo Reinardo á guisa de consuelo.

«Sea el que quiera» repuso Gozberto regocijado «yo lo copiaré si tú ú otro sábio me dice que no hay en ello pecado. Los nombres santos los distingo con una tinta roja, y siempre que en los libros profanos encuentro una palabra, cuya malicia se me advierte, la omito en la copia; y á pesar de eso mas de una noche me ha desvelado el remordimiento, y mas de una vez he temblado al copiar, temiendo escribir algo que pudiera comprometer la salvacion de mi alma. Y últimamente se me ha advertido que evite los libros pecaminosos.»

Hizo la señal de la cruz, y volviöse con gesto misterioso á Reinardo, mientras los otros, que conocían la historia favorita del anciano, mirábanse maliciosamente.» Ves aquella cuenca en que guardo mi vaso? pues antes tenía su tapadera; y un dia que yo copiaba algo del pagano Ovidio, ví detrás de mí golpear en ella; volvíme con el cabello erizado: la cuenca no se movía, pero la ta-

padera se levantaba y volvía á cerrarse como empujada por una fuerza interior. Llamé en mi auxilio á mi santo patrono, y entonces asomaron dos cuernos, que desaparecieron enseguida; lleno de terror volqué la vasija, y al punto saltó de ella el espíritu maligno en forma de un animalucho cornudo, que dió una vuelta al aposento y desapareció por la rendija de la puerta, dejando esto lleno de niebla y mal olor. No he olvidado la advertencia.»

«Si no fuera por lo de la niebla» observó el risueño Herigo «cualquiera sospecharía que del cántaro habia salido un lebratillo escondido allí por el turingio Immo.»

«El diablo era» afirmó Gozberto de mal talante.» «Desde entonces solo cópio libros sagrados.»

«Y has escogido el mejor camino, Padre», dijo Reinardo despidiéndose. Todos abandonaron la cámara y el copista sentóse de nuevo ante el pupitre; arriba tejía la araña, abajo escribía el monge.

CONTINUARÁ

El traductor,

G. A. y U.







## El Caballero de la Mesa Redonda.

### I.

Ya hacía frío en Termas-altas; se echaba de ménos la ropa de invierno y las habitaciones preparadas para defendernos de los constipados y pulmonías: el comedor largo y ancho como una catedral, de paredes desnudas pintadas de colores alegres que hacían estornudar, tomaba aires de mercado cubierto. Se bajaba á almorzar y á comer con abrigo, las señoras se rebujaban en sus chales y mantones; á cada momento se oía una voz imperativa que gritaba: Cierre V. esa puerta. Los pocos comensales se apiñaban á la cabecera de la larga mesa del centro, lejos de la entrada temible. Detrás de la puerta central de cristales que comunicaba con el vestíbulo de jaspes de colores, del país, se veía como en un escaparate la figura lánguida del músico piamontés de larga melena y levita raída que paseaba unos dedos flacos y sucios por las cuerdas del arpa. Las tristes notas se ahogaban entre el estrépito del viento y de la lluvia que azotaba de vez en cuando los vidrios de las ventanas largas y estrechas.

Diez ó doce huéspedes, últimas golondrinas yaletudinarias de aquel verano triste de casa de baños, almorzaban taciturnos, apiñándose, como buscando calor unos en otros. Al empezar el almuerzo sólo se hablaba de tarde en tarde para reclamar con voz imperiosa cualquier pormenor del servicio. Los camareros, con los cuales ya se tenía bastante confianza para reprenderles sus faltas, sufrían el mal humor de los huéspedes de la *otoñada*, como ellos decían. Se acercaba el día de las grandes propinas, y esto contribuía al mal talante de los bañistas, á darles audacia y tono

de despóticas, y también á la paciencia de los criados. Allí no se le tomaba á mal á nadie sus malos modos, sus quejas importunas; se contaba con ellos, era una ley natural; fondistas y camareros venían observando cómo se cumplía todos los años al fin de la temporada. Además también aquellos arranques de misantropía, se ponían en la cuenta, aunque disimuladamente. El dueño de las acreditadas Termas-altas vivía con sus rentas, es decir con sus bañistas. Presidía la mesa, oía las murmuraciones de los enfermos sin turbarse, sin oírlas en rigor; ni él las tomaba á mal, ni los pupilos se recataban para desahogar en su presencia. Era un pacto tácito que ellos descargasen la bilis de aquel modo y que él no les hiciera caso. Ni se emprendían las reformas que se pedían, ni se coartaba el derecho de reclamarlas.

Decir que aquello estaba perdido, que la casa amenazaba ruina, que el viento entraba por todas partes, que el agua mineral ya no estaba caliente siquiera, ni tibia, que en aquel país llovía demasiado en Otoño, tal vez por culpa del Sr. Campeche (el dueño de los baños) era lo que constituía los lugares comunes de la conversación. Algunas veces el mismo Sr. Campeche se descuidaba, y no sabiendo de qué hablar á un forastero le decía de corrido como quien repite una lección de memoria ¿Pero ha visto V. que clima más endemoniado? Siempre lloviendo! Cómo se aburre uno aquí!

Nadie diría que aquellas eran las mismas Termas-altas, que se abrían por primavera al público. En Mayo llegaba el Sr. Campeche rozagante, alegre, silbando y azotándose el vientre ampuloso con el puño de marfil de su junquillo; apeábase de su tilburí pintado de amarillo reluciente; daba un vistazo á los baños, á la fonda, á los jardines ya llenos de pájaros locos de alegría, los primeros huéspedes, y tentándose el bolsillo se decidía á emprender lo que él llamaba *mejoras* enfáticamente. Las mejoras se reducían á dar una mano de cal á todo el edificio, y á pintar los frisos amarillos de verde, ó los verdes de amarillo; también solía arreglar los grifos de los baños si estaban completamente destrozados, tapar alguna grieta, remendar tal cual pila de mármol, y para colmo de mejoras empleaba el hospital de pobres viejos que ostentaba en la miserable portada un presuntuosísimo letrero que decía en griego, con letras góticas coloradas «Gerontocomia.» Aquella palabreja solía aparecer en las pesadillas de los enfermos que acudían á Termas-altas. Las primeras bromas de los bañistas noveles se referían siempre al rótulo griego; la mayor parte se marchaba sin saber lo que significaba. El mismo Campeche no estaba seguro de que aquello tuviera traducción posible. A una señora, que asistía á las Termas de treinta años atrás, la llamaban D.<sup>a</sup> Gerontocomia.

Además había mucho lavoteo y mucho limpiar muebles, y poner lo de allí aquí, y revolverlo todo. Cuando llegaban los primeros



DE MADRID

bañistas, ya se sabía, todo lo encontraban de arriba abajo; obremos y criadas iban y venían, no podía uno arrimarse á ninguna pared ni puerta y el ruido de los martillos y sierras atronaba la casa, olía á aguarás el piso de pino estrecho siempre estaba encharcado ó lleno de arena, porque en lo de fregar y dejarlo todo como un sol Campeche era inexorable.—Mucho ruido y pocas nueces—decía D.<sup>a</sup> Gerontocomia remangando las enaguas y saltando de charco en charco por las siempre húmedas galerías.

Lo cierto es que Campeche apesar de todo aquel aparato reformista, que tanto estrépito y desconcierto producía, gastaba muy poco cada año en mejorar su finca, que segun los huéspedes de Otoño era una ruina. Siempre lo mismo; los parroquianos de primavera alegres, aturcidos, optimistas encontraban aquello flamante, era el mejor establecimiento balneario de *España y del Extranjero* ¿y las aguas? el que no sanara sería bien descontentadizo. Y el Sr. Campeche qué fino! qué atento! qué celoso de la fama de sus termas! Ello es verdad que las obras, las mejoras, molestaban bastante, que no dejaban dormir en paz la mañana, ni la siesta, ni andar en zapatillas por la casa; pero en fin se veía vida, animacion, alegría, pruebas de prosperidad, movimiento simpático.—Señores, decía Campeche sonriendo y encogiendo los hombros, hundidos al parecer bajo el peso de tanta responsabilidad, perdonen VV. este año se han retrasado mucho las obras... ya lo sé ¡ha habido tanto que hacer! desde Enero estamos dale que le darás... Sobre todo la nueva cruja del hospital de pobres viejos.—

Lo gracioso estaba en que los mismos á quien engañaba por la primavera el Sr. Campeche, ó que se dejaban engañar, eran los que en Otoño desacreditaban á gritos el establecimiento, y hablaban de su próxima ruina en las mismas barbas del propietario. Este convencionalismo ya no estrañaba á nadie, era universalmente admitido. Cuando se iban en la primera temporada todo estaba bien, cuando se iban en la otoñada todo estaba mal.

En primavera, y parte del verano tambien, los bañistas daban y recibían bromas perpétuas. Podría haber aguas mejores que aquellas desde el aspecto hidroterápico, pero baños más famosos por las grandes bromas permitidas no los había. Como no todos los humanos tienen las mismas pulgas, sea en primavera ó en invierno, más de una vez y más de dos hubo allí desafíos, que jamás llegaron á un funesto desenlace; y más de diez veces por temporada había ofetadas, ó por lo ménos insultos atroces.

Por lo regular era que se tolerasen las bromas, y solo se pensase en devolverlas con creces. Se notaba que los jóvenes que durante todo el invierno en la vecina capital se distinguían por lo taciturnos, retraidos, sosos y nada despiertos, eran precisamente los que en Termas-altas sacaban más los piés del plato, y tenían las

ocurrencias más peregrinas, y hacían las mayores *atrocidades*, palabra técnica que significaba tanto como dar en el hito. Famoso era hacia muchos años un jóven enfermo del hígado, de color de cordobán, que en la ciudad no hablaba con nadie, y á quien jamás se había visto en baile ni tertulia de las conocidas. Una tarde de lluvia llegó á caballo á los baños del Sr. Campeche. Se apeó, se acercó á un amigo, á quien preguntó con voz de sepulero.—¿Es cierto que aquí hacen VV. atrocidades?

—Sí señor, cierto...

—El médico me ha mandado mirar correr el agua, y distraerme. He visto correr las cataratas del Niágara... y como si fuesen un surtidor... nada. Voy á ver si distrayéndome... voy á hacer también alguna atrocidad... ¿este hígado!

Y en efecto se fué á la cuadra, montó otra vez en su caballo, picó espuela... y se metió en el comedor de la fonda saludando muy sério á los presentes. La broma produjo bastante impresión; algunas señoras se desmayaron; en fin todo fué como se pedía; el jóven del hígado enfermo, que en vano había visitado el Niágara, mejoró; recibió cordiales felicitaciones, y confesó que hacia muchos años que no se había divertido tanto. Sin embargo algunos envidiosos comenzaron á murmurar diciendo que aquello no era completamente original, que prescindiendo de Raimundo Lulio, quien según la leyenda había entrado á caballo en una iglesia por seguir una dama, ya allí mismo, en aquel mismo comedor se había presentado ginete en un burro garañón, y todo era montar, un diputado provincial, famoso por esto y por haberle rajado una ingle á un elector, de una navajada, años adelante. El jóven del hígado supo que se murmuraba, y dispuesto á eclipsar á todos los diputados provinciales del mundo, al día siguiente se distinguió de una vez para siempre del vulgo de los bromistas con una hazaña, que dejó la perpétua memoria á que antes me refería.

Y fué que colocando, con gran trabajo, encima de la balaustrada de una galería abierta sobre el comedor, una gran cómoda, una tarde dejó caer el mueble, que bien pesaría dos quintales, sobre una de las mesas en que estaban comiendo hasta doce señoras y unos veinte caballeros. No murió nadie, pero fué por casualidad ¡el del hígado hizo todo lo que pudo! La mesa y la cómoda se hicieron pedazos, el piso se hundió, del servicio de plata, cristal, etc. no se supo más; los síncope pasaron de veinte, hubo tres desafíos, se marcharon catorce huéspedes. Los más recalcitrantes tuvieron que confesar este hecho evidente: que como la broma de la cómoda no se había dado ninguna. En cuanto al Sr. Campeche tuvo el buen gusto de no decir una palabra al héroe de la atrocidad; estaba en las costumbres.

Nadie se explicaba, satisfactoriamente á lo ménos, porque en



DE MADRID

los meses alegres de Mayo y Junio, y aun en los del calor, Termas-altas era una Arcadia balnearia, y en Otoño un hospital triste, aburrido, frio, donde todos tenian mal humor. Probablemente contribuiria el clima á esta diferencia. El paisaje era de los más hermosos del litoral del Norte; verdura por todas partes, colinas como macetas de flores, riachuelos, bosques, un lago de verdad, accidentes rómánticos del terreno tales como grutas, islas en miniatura, cascadas, y hasta una sima en lo alto de un monte cónico que el Sr. Campeche juraba que era el crater de un volcan apagado. A los incrédulos les amenazaba con los testimonios escritos que constaban en el Ayuntamiento, allí, á legua y media de la casa. El crater era el elemento legendario de aquella topografía que habia convertido en una industria el dueño del balneario.

Pero si el país ofrecía tales delicias naturales, en cuanto empezaba Setiembre se aguaba la fiesta; nieblas, vientos, aguaceros, dias enteros de lluvia fria y triste, de horizonte de plomo, un frio húmedo que recordaba el de la sepultura, tales eran los achaques de la estacion en aquel delicioso panorama; en vano Campeche enseñaba á los nuevos huéspedes fotografías del crater y de las cataratas... Si el crater estuviera en ebullicion, le decían, ménos mal, se calentaria uno al amor del crater... en cuanto á cataratas... allí estaban abiertas las del cielo. ¿Porqué venian en Octubre enfermos á Termas-altas? porque comprados ó nó por Campeche, los médicos de toda la provincia aseguraban que la mejor temporada de baños, higiénica y terapéuticamente considerada, era la última, la de Setiembre y Octubre.

De modo que por el verano venian los que querian divertirse, y por el Otoño los que querian curarse. Tal vez esto, no ménos que las variaciones meteorológicas eran causa de la desigualdad de los humores en las diferentes temporadas.

CONTINUARÁ

CLARIN.





## LOS GRANDES GEÓMETRAS.



Hay ideas que nacen con el hombre y que se concibieron tan pronto como el rey de la creacion tuvo que amoldarse y ajustarse á las necesidades del clima, estaciones y diferentes fenómenos que más ó ménos influyen en su paso por el mundo. A estas ideas que son naturales en el hombre pertenecen las de extension, forma y posición de los cuerpos. Nada más lógico, nada más razonable que el hombre quisiera apreciar las distancias que separan los mil objetos que se presentan á su contemplacion, que quisiera tener una nocion de la *magnitud* de una superficie y que dirigiese su atencion á calcular el volúmen de un cuerpo determinado, como nada más natural que relacionase la posición de algunos cuerpos con otros ya conocidos de antemano cuya situacion estaba precisada con anterioridad. Indispensable es reconocer, en consecuencia, la existencia de la Geometría tan pronto como el hombre apareció en la faz de la tierra, pero tambien hay que notar que en los primeros tiempos el hombre no poseia una nocion clara de los materiales de que se vale la Geometría en sus múltiples cuestiones. Que tan superficiales fuesen sus nociones sobre esta rama de las matemáticas, nada tiene de extraño porque eran muy deficientes las aplicaciones inmediatas de este ramo del saber: ¿á qué se habia de aplicar entónces la Geometría? ¿á la Construcción, su productó más directo, si entonces la Construcción daba muestras muy *bárbaras* como las requerian los primeros pasos de un arte cuyos cimientos habian de ser tan robustos, y hechos con la calma que exige una cosa nueva, toda ella artificial? Fué desarrollándose la inteligencia, fuéronse multiplicando las exigencias y las necesidades de la vida, vióse una aplicacion inmediata y necesaria de la Geometría y apareció, más tarde, esta ciencia robusta y engrandecida con multitud de teorías, tan numerosas como lo exigian los diferentes usos á que se las destinaban.



Las periódicas inundaciones del Nilo, que originaban la mayor confusión en la repartición de los terrenos de los egipcios borrándose por esta razón las lindes y señales que les separaban y limitaban, citanse como las primeras causas que motivaron un estudio sério sobre la extensión y la división equitativa y proporcionada de todo el terreno inundado, dando á cada egipcio una parte de él igual ó equivalente á la que ántes habia poseído. De donde vemos que Egipto, cuna de tantos adelantos y escuela de tantas ciencias es también la madre de la Geometría. Todo impulso de civilización, todo esfuerzo humano, toda transformación de vida toma, en aquellos antiquísimos tiempos, origen en Egipto, la patria de tantos sábios cuyos nombres se perdieron con la antigüedad, de Egipto habia de nacer la Geometría no como un recurso para casos parecidos al citado, sino como ciencia, como recopilación de cuestiones que tienden á un fin único y exclusivo, pero de la que se deducen las enseñanzas prácticas que la razón investiga y las aplicaciones que patrocina el sentido común.

La Geometría no apareció como ciencia especulativa hasta últimos del siglo VII, ántes de Jesucristo, que vése en Grecia, importada de Egipto, como era consiguiente, por el fenicio Thales, á quien se ha atribuido la teoría de los triángulos semejantes. Su discípulo Pitágoras fundó en Italia la escuela que lleva su nombre, suponiéndole, además, fuése el descubridor de la inconmensurabilidad de la diagonal y lado del cuadrado, del tan utilísimo teorema del cuadrado de la hipotenusa, de la propiedad del círculo y esfera de ser límites entre las figuras planas de igual perímetro y los volúmenes de igual superficie respectivamente, y la teoría de los cuerpos regulares.

Pero cuando la Geometría tomó gran impulso en Grecia fué en la época de Platon: el método analítico, las secciones cónicas y la teoría de los lugares geométricos son la mejor prueba del adelanto de esta importantísima rama de las matemáticas en aquella época en que el célebre filósofo citado habia escrito en la puerta del Liceo: «Nadie entre aquí que no sepa la Geometría.»

De notar es que los geómetras antiguos fueran muy entusiastas de los estudios sobre las secciones cónicas, como lo prueba el sólo hecho de que varios autores se dedicaran exclusivamente á la investigación de sus propiedades, lo que no era poco; pero demuestra más elocuentemente la importancia de los antiguos estudios el caso de tratar los lugares geométricos para la resolución de muchos problemas. Hoy, apesar de la larga distancia que nos separa de aquella época y del manejo de todas las teorías geométricas con igual perfección, tenemos por más elegante—porque aún en la misma ciencia existen modas—la resolución de un problema en el cual se trata de hallar un punto, cuando se determinan dos lugares

geométricos que por su interseccion hacen conocer este punto.

Euclides sigue á la época de Platon, siendo el primero que empleó en las demostraciones el método de reduccion al absurdo y el autor del postulado que lleva su nombre, tan importante en la teoria de las paráelas como sencillo y lógico.

Arquimedes y Apolonio fueron los continuadores de Euclides. Los estudios del primero se refieren muy especialmente á la Geometria de la medida, mientras que los del segundo á los de la forma. La relacion de la circunferencia al diámetro y la cuadratura de la parábola son cuestiones que aproximadamente aquél resolvió; el gran tratado de las cónicas en que por vez primera se hallan reunidas las propiedades de los focos, directrices, tangentes, normales y diámetros conjugados, es de éste. A Arquimedes se debe la relacion de la esfera y del cilindro, y la cubicacion de los esferoides y conoides. Apolonio fué el autor de la primera nocion de las evolutas y algunas cuestiones de máximos y mínimos.

Los geómetras que sucedieron á éstos, se ocuparon más bien de la Astronomia y partes de la Geometria que se relacionan con aquella ciencia que de los estudios puramente geométricos. Hiparco y Ptolomeo, sobre todo, aparecen con sus estudios astronómicos y logran separar la atencion de los geómetras de la ciencia geométrica para fijar todos sus estudios en la gran bóveda celeste, ancho campo á sus investigaciones científicas. No por eso dejaron de hacer algo digno de loor.

A Hiparco se debe el descubrimiento de las propiedades de las transversales en los triángulos rectilíneos y esféricos, y unos escritos sobre Trigonometria que no han llegado á nuestros dias. Ptolomeo al escribir su *Almagesto* nos legó el único tratado que de Trigonometria rectilínea y esférica se conoce de los griegos, dando, entre otras la propiedad del cuadrilátero inscrito en el círculo.

Terminaremos esta série de continuadores de la Escuela de Alejandria citando á Pappus que en sus *Colecciones de matemáticas* recopiló todos los conocimientos que en su época poseian sobre estas ciencias. Con este génio original y profundo puede decirse que se pararon la série de descubrimientos y estudios que hasta entónces se habian sucedido con celeridad espantosa, porque si en el siglo IX de nuestra era la Escuela de Bagdad vió aparecer algunos entusiastas admiradores de las obras libradas del deplorable episodio de la biblioteca alejandrina, no fueron más que reminiscencias, reflejos de aquella brillante série de descubrimientos no interrumpidos.

Largo periodo sucedió en que las ciencias matemáticas parecieron descansar del continuo trabajo que le habia precedido, sin embargo, se contaban algunos génios que aunque ningun descu-





brimiento añadieron á los de la famosa época griega, no por eso dejaron de poseer los principios y teorías que hasta entónces se habian cultivado. Los árabes y judíos en su larga estancia en nuestro suelo hicieron de España famosa escuela matemática, como lo prueba la consulta que se hizo á una célebre academia de nuestra patria al empezarse la no ménos célebre *correccion gregoriana*, citándose, además, al toledano Pedro Ciruelo como un gran matemático de su época, pero apesar de esto, repetimos, ninguna investigacion nueva aparece hasta mediados del siglo XVI que, siguiendo el movimiento filosófico, literario y artistico, fijase la atencion en los buenos tiempos clásicos de Grecia y Roma y para ser más floreciente esa brillante época llamada Renacimiento aparece Viéte, géometra francés, que dió al Algebra tan notables impulsos, y que fué el primero que la ha empleado para hallar los elementos desconocidos de una figura, expresando por ecuaciones las relaciones que ligan entre si todas sus partes, construyó gráficamente las ecuaciones de segundo y tercer grado, y resolvió por vez primera el problema del círculo tangente á otros tres dados. (1).

Kepler, de Fermat, Pascal, Desargues, fueron continuadores entusiastas del movimiento que en la Geometría habia iniciado Viéte. Notables son los trabajos de Pascal y Desargues sobre las cónicas y no ménos los de este último sobre corte de piedras, perspectiva y gnomónica.

Descartes no sólo perfeccionó los trabajos de Viéte, sino que todavia inventó métodos generales á la vez que sencillos y fecundos para aplicar la teoria de las curvas al cálculo algebraico, *siendo estos métodos á los ojos de la posteridad el más bello título de gloria de este célebre filósofo*, segun expresion del analítico Lefebure de Fourcy en su *Leçons de Géométrie analytique*.

La aparicion de la Geometría analítica contuvo algo los progresos poco ántes comenzados, oponiéndose algunos como Huygens y de la Hire á esta decadencia, debiéndose á éste la teoría de polo y polar y á Huygens la de las evolutas. El descubrimiento del cálculo infinitesimal debido á Newton y Leibnitz detuvo tambien los progresos de la Geometría, pero se aplicaron sus principios con bastante facilidad á la Geometría de la medida, así como la analítica ayudó mucho á la Geometría en el trazado de tangentes.

Célebres matemáticos trataron de resucitar el gusto á los an

---

(1) De entre las soluciones modernas que de este problema se han dado una de las más elegantes es la de Mr. Gergonne.

tiguos métodos, debiendo citar á Cotes, Maclaurin, Halley y el infatigable Euler como propagandistas incansables cuyos esfuerzos fueron marcadísimos para renacer las antiguas aficiones en estos estudios, mas ninguna teoría nueva sale á luz hasta principios de este nuestro siglo en que la Geometría descriptiva aparece como auxiliar poderosísimo de la construcción.

Monje, consigue reunir los principios y teorías que andaban esparcidos y forma una ciencia especulativa que en sus múltiples aplicaciones no tiene igual, bautizándola su inventor con el expresivo nombre de *Idioma del Ingeniero*. Su objeto principal es dar métodos fáciles y determinados para representar en un sólo plano todos los objetos de la naturaleza con todos sus detalles, y poder deducir de esta mera representación la forma, dimensiones y posición de los cuerpos; ella investiga las propiedades de las figuras reales por medio de las correspondientes que las determinan y resuelve los problemas de las primeras operando sobre las segundas. Compréndese, sólo por la definición de esta ciencia, su auxilio grandísimo para todo aquel que deseando dar una idea clara y precisa de su concepción (ya sea un monumento, un edificio, un puente, etc.) la expresa de este modo con la mayor exactitud que cabe en lo humano. Considerada bajo su aspecto puramente científico la Geometría de Monge ayudó muchísimo á la analítica é hizo ver las analogías que relacionan entre sí las figuras planas y los volúmenes. A Monge y su escuela se debe también un método de demostración que si bien carece de ese vigor tan buscado y recomendado en las matemáticas no por eso ha dejado de realizar grandes progresos; este método ha recibido el nombre de *principio de relaciones contingentes ó de continuidad*.

Como todo lo nuevo la Geometría descriptiva causó un gran movimiento en la ciencia y si pareció olvidarse de las cuestiones de la Geometría pura, no tardaron en presentarse una ilustre pléyade de geómetras que consiguieron equilibrar los diferentes ramos de la ciencia de la extensión.

Hoy la Geometría camina por sendas muy diferentes y distintas de los antiguos gustos, pero la invención de nuevas teorías, cuales son la Homotecia, la Homología, la Axonometría y otras la han hecho una de las ciencias más extensas del siglo XIX, deduciéndose de ellas preciadas aplicaciones que aprovechan ya la perspectiva, ya otras diversas artes de representación.

Brianchon que dedujo por la consideración de las polares reciprocas el teorema correlativo del de Pascal referente al exágono inscrito en el círculo, Gergonne, Daudelin, Quetelet, Steiner, Gudermann, Cauchy, Bonnet, Casey, Feuerbach, Stubbs, William Thomson, Poncelet..... son otros tantos á quienes la Geo-

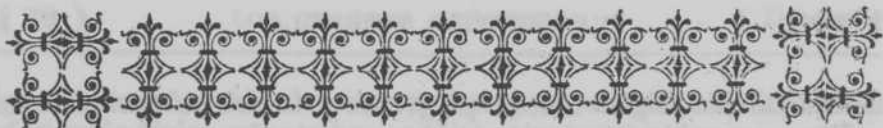


metria en este siglo tantos progresos y tantos adelantos debe.

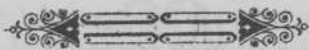
Para poner término á esta ya larga lista de grandes geómetras citaremos al célebre Chasles, el gran geómetra del siglo XIX, el fecundísimo escritor cuyos libros ya de historia, ya de doctrina reflejan los adelantos modernos de la Geometría.

JUAN AGAPITO Y REVILLA.





## LA ESTATUA DE MEMNON.



Magnífico monumento de la inteligencia humana es la historia natural de Buffon, y sin embargo puede ser leída y estudiada sin que germine la sospecha del parentesco posible de todas aquellas especies de animales tan magistralmente descritas. En cambio en cuanto la naturaleza de los fósiles queda perfectamente establecida, en cuanto los sabios se convencieron de que los «gloscope-træ» no eran obra de la virtud plástica, surgió necesariamente la comparación entre los restos de seres desaparecidos y los órganos análogos de los vivientes, nació la anatomía comparada; y al estudiarse la naturaleza en lo que tiene de más íntimo, prescindiendo de lo aparente, asomó la posibilidad de la filiación de las especies y adquirió derechos de certidumbre innegables la continuidad de la creación en el tiempo y en el espacio.

Lo mismo ha sucedido con la historia de la Humanidad; en vano desde niños se nos familiariza con los grandes historiadores de la antigüedad, con sus poetas y oradores; la idea que nos formamos de aquellas sociedades desaparecidas no es solamente falsa, sino tan incompleta que apenas podemos creer que los antiguos griegos y romanos tuvieran de comun con nosotros otra cosa que las necesidades humanas morales y materiales; como en la crono-



logía de la creación, en la historia ponemos de cuando en cuando puntos finales, que separan en nuestro entender civilizaciones tan distintas y tan independientes como pueden serlo las faunas y floras de dos épocas geológicas para los partidarios de las resoluciones súbitas, de las creaciones sucesivas. Preciso ha sido que infatigables amantes de la verdad hayan ido á buscar en el polvo de los archivos y en el polvo de las ruinas palimpsestos é inscripciones, fósiles de civilizaciones antiguas, restos también íntimos de aquellos organismos arcaicos, para que haya aparecido la historia antigua con lazos de unidad y analogía tan palpables, con nuestra civilización, que además de establecer una filiación inconcusa, permite conocer mejor una y otros; pues por lo que hoy podemos observar nos explicamos lo que no hemos visto, y por lo que en otros tiempos sucedió podemos conjeturar lo que el porvenir nos depara.

Improbable trabajo es la pesquisa y descubrimientos de antiguas inscripciones; puede parecer tarea ingrata y sólo tolerable para inteligencias desprovistas de imaginación; juicio perfectamente erróneo. Cuando se ha tenido el valor de lanzarse á la lectura de un desmesurado in-folio cuajado de inscripciones truncadas, recogidas aquí y allí, iconexas en tiempo, lugar, idioma y objeto, parece imposible que haya arquitecto capaz de componer un agradable edificio con tan pobres materiales; y sin embargo, de ellos, del estudio de esas reliquias auténticas de nuestros antepasados, de esos documentos en que el hombre habla siempre con la veracidad compatible con nuestras flaquezas, es de donde la imaginación puede precisamente sacar el maravilloso espectáculo de la humanidad real, con toda la poesía y belleza de la vida muy superior á las grandezas y sublimidades de la historia clásica, grandezas y sublimidades más que medianamente convencionales.

No intentamos engolfar á nuestros lectores en estudios técnicos; simplemente queremos entretenerlos, aprovechando el conocimiento moderno de una de las más renombradas maravillas de la antigüedad, la estatua vocal de Memnon, como la llama el ilustre Letronne, sabio orientalista francés, y al que se debe una erudita memoria sobre el asunto.

En la llanura de Thebas, á la entrada del palacio construido por Amenophis, había en otro tiempo dos colosos enteramente semejantes y que Letronne cree serían representaciones del fundador; los griegos supusieron que uno de ellos era Memnon, hijo de la Aurora, que según Homero había venido del extremo Oriente en auxilio de Priamo y sus troyanos. Era voz común en el dilatado imperio romano, que el hijo de la Aurora saludaba á su madre todos los días, y que su voz imitaba los sonos de una lira; milagro portentísimo, que los modernos atribuiríamos á invención de los anti-

guos historiadores, tan fáciles al asenso de patrañas, y tan embrazados para procurarse, viajando, noticias auténticas sobre lo que de oidas relataban.

Letronne ha visto la prueba de que el milagro ha existido; mejor dicho centenares de inscripciones prueban que durante dos siglos desde el reinado de Augusto hasta el de Séptimo-Severo los peregrinos de Thebas, de todas condiciones, sexos, edades y procedencias, han oído el himno matinal del coloso de granito. No son más numerosos los ex-cotos en el camarín del más famoso santuario que los letreros, en prosa ó verso, en griego ó latin grabados por las manos temblorosas de emocion, en el pedestal y en las piernas de la estatua. Peregrinos humildes escribían su nombre, oficio, pátria y fecha de la expedicion; un soldado galo la repitió hasta 13 veces, tanto placer religioso le inspiraba la gran maravilla. Era la visita ceremonia inexcusable para los prefectos del Egipto, y la hacían con su muger, hijos y numerosa comitiva; uno de ellos, en tiempo de Domiciano, expresó su admiracion en dos versos griegos, que copia Mr. Letronne. El Emperador Adriano en el año de 130 tuvo el placer de oír el saludo de Memnon á su madre; la estatua ese dia cantó tres veces «prueba del amor de los dioses al César» segun un poeta contemporáneo. En cambio la muger de un Gobernador del Egipto esperó en vano dos mañanas y sólo al tercer dia pudo satisfacer su ardiente deseode ser testigo de aquella maravilla.

Puesta fuera de discusion la existencia del fenómeno, necesitá-bamos los modernos una esplicacion natural.

Lo primero que se ocurre, y tratándose de Dioses falsos con unanimidad, es la de la supercheria de los sacerdotes; porque que la sangre coagulada de San Genaro se liquide anualmente el 17 de Setiembre, puede ser milagro que la voluntad divina obra con misteriosos fines, dado que no parecen suficientes la edificacion y regocijo de los lazzaronnis napolitanos; pero el canto de Memnon, idolo grosero de toscó granito, pues que tal canto hubo, debía ser ardid de aquellos solapados sacerdotes, herederos de los magos ó hechiceros que se atrevían con Moisés en punto á trastornar todas las leyes de la fisica.

Alejandro Dumas, escritor poco ortodoxo, no cree que el milagro de San Genaro sea artificio clerical, y fúndase en que despues de tantos siglos no es ni verosímil que el secreto no hubiera trascendido al público; creemos que tiene razon, y que si efectivamente la sangre del santo obispo se liquida en su ampolla, hay un fenómeno natural que lo motiva, siquiera ese fenómeno pueda tener origen en un artificio original, cuyo secreto haya desaparecido hace siglos con el piadosoinventor; de todas maneras existe la buena fé al presente.



La equidad nos obliga á aplicar el mismo razonamiento al prodigio egipcio; coexistió este con los dos primeros siglos del cristianismo, en países que se abrieron muy pronto á la nueva religion cuando esta tenia todo el ardor del proselitismo, y toda la valentia y heroismo que engendran los mártires ¿no es verosímil que hubiera llegado hasta nosotros una voz que delatara el ardid, y aún que lo explicara? En el mundo pagano tampoco estuvo acreditada esta sospecha, pues lo concurrido del santuario á pesar de la dificultad del viaje, y la calidad de las personas que hacian la peregrinacion deponen en favor de la credulidad general. Si se objeta, que análogamente á lo que ahora sucede, escépticos de alto rango habrán escrito su ex-coto con la sonrisa en los lábios, se puede oponer la prueba irrecusable de que cuando ménos un emperador, Séptimo-Severo, creia en el milagro, y que en su tiempo los sacerdotes de Memnon ignoraban el artificio, si lo habia.

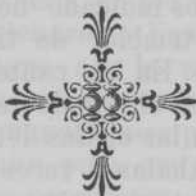
La estatua habia perdido cabeza y tronco en un terremoto, allá en tiempos de Augusto, precisamente cuando el prodigio recibió testimonios irrecusables; muchos peregrinos espresaban en sus inscripciones el deseo de que la estatua se completase, pues si mutilada murmuraba su plegaria, tal vez perfecta se oiria la voz del dios. Séptimo Severo era un pagano celoso, el cristianismo desacreditaba los dioses del imperio, y creyó el emperador argumento irrefutable en pro de la religion el canto distinto y armonioso del hijo de la Aurora. Sobre el vientre del coloso colocaron cinco cantos enormes de arenisca, en los que habian de tallarse el tronco y la cabeza; á partir de ese dia, Memnon enmudeció para siempre.

Mr. Letronne cree haber encontrado la explicacion natural del fenómeno, que como hemos indicado no empezó, segun el sábio egiptólogo, hasta que el temblor de tierra derribó parte de la estatua y resintió el resto. En las canteras de granito de Siena, en el palacio de Karnak, en el templo de Philes, en la Maladetta, en los Pirineos, y hasta en las orillas del Orinoco se ha observado que las rocas graníticas exhalan á veces un rechinamiento sonoro al salir el sol. más frecuentemente, y con más intensidad cuando la diferencia de temperatura entre la noche y dia ha sido grande; los sábios han propuesto diversas explicaciones del fenómeno, ninguna concluyente; pero no hay duda de que el canto de la estatua de Memnon es un caso análogo; el sonido interior no se produjo en la estatua de granito (piedra abundante en plaquitas de mica, elásticas en sumo grado, y con coeficientes de dilatacion muy diferentes de los del cuarzo y foldespato, á que está asociada) hasta que el terremoto quebrantó la piedra, el canto era siempre al salir el sol, y no todos los dias se oia; además tal canto era sólo un murmullo, una ténue vibracion, que los devotos encontraban poco acentuada, y que se apagó en cuanto la detuvo la mole

de arenisca que una piedad ignorante, pero sincera, habia destinado á la mayor gloria de aquel dios.

No hemos de insistir en la moraleja; pero la estatua de Memnon que saludaba al sol naciente, y esto sin milagro, pero tambien sin supercheria, nos advierte con su voz de dos siglos, con su mudez de diez y siete que la credulidad rara vez se satisface con enredos y artificios; que no se triunfa de ella apuntando sospechas que generalmente rechaza, y con motivo, la opinion; que sólo la vence la ciencia, pues su protector más poderoso es la ignorancia lo mismo en el imperio romano del siglo II que en la Europa del siglo XIX.

\* \*  
\* \*







APUNTES PARA UNA HISTORIA  
DEL  
TEATRO ESPAÑOL ANTIGUO.

---

DRAMÁTICOS DE SEGUNDO ORDEN.

---

**Luis Belmonte Bermudez.**



*Dedicado al Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí, injustamente olvidado en el primer tomo de esta obra.*

---

Debo comenzar este artículo manifestando mi profunda gratitud al Sr. D. Julian Arbulo y Alberdi, que, con una diligencia—que no es la cualidad dominante de su carácter—me ha ilustrado en las discusiones familiares y amistosas que sobre el mérito de Belmonte en varias ocasiones hemos sostenido, y no cumpliera del todo con lo que la amistad exige si no transcribiera algunas de las muchas réplicas ingeniosas y oportunas con que sazonaba

nuestros debates, no ménos acalorados y con vigor mantenidos, por tener lugar privadamente y á puerta cerrada.

Paréceme ante todo conveniente dar á conocer á mis lectores á este jóven que si quisiera sería un buen autor dramático; y muéveme á ello más y más el deseo de pagar mi deuda de gratitud dándole á conocer, á riesgo de ofender y mortificar su modestia—bien que su despreocupacion que conozco perfectamente me perdonará—y la conviccion de la analogía que existe entre su génio y el del autor cuyas obras examino; entre su carácter, tendencias, aficiones y manera de ser y las de D. Luis Belmonte Bermudez.

Julian Arbulo es todavía jóven; tiene treinta y pico años y treinta mil desdichas. No hay exageracion en esto último; el retrato físico y moral de mi amigo lo probará mejor que todo.

Figuraos, queridos lectores, un rostro pálido y ceniciento, una frente espaciosa, ojos hundidos que parecen atracer lo que miran, nariz recta y afilada, señal de ingénio, lábios gruesos constantemente fruncidos por una sonrisa amarga, la cara apenas sombreada por una barba escasa, todo esto, rematado por una cabellera crespada y las más veces enmarañada y tendreis una idea aproximada del tipo que os quiero retratar.

Su cuerpo es el conjunto de todas las calamidades; sin ser contrahecho está siempre torcido, su mano izquierda completamente inútil por la contraccion nerviosa que continuamente padece, sólo le sirve de incomodidad y estorbo, la pierna del mismo lado está encogida de un modo atroz y no le sirve para andar, haciéndolo con la derecha á saltos, por no permitirle el defecto de la mano hacer uso de una muleta ó baston. Es corto de vista, algo duro de oido, y tartamudea á veces cuando le ocupa una grande emocion, siendo además propenso á las jaquecas, vahidos y demás tormentos físicos. Tiene, sin embargo, una constitucion poderosa que le permite soportar largos trabajos intelectuales, sin que lo háya visto yo nunca quejarse ni manifestarse disgustado ó rendido por la dificultad de las tareas que emprende.

Su carácter moral es una contradiccion perpétua consigo mismo y con cuanto le rodea. Aferrado á sus opiniones, se le vé ceder, no obstante, en cuestiones de poca monta, siendo profundamente epigramático en sus discursos, aperebido á la réplica y perspicaz en atacar el lado flaco de los argumentos que combate. Con estas cualidades una discusion con él no tiene precio, sea cualquiera el asunto que se trate, porque tiene gran intuicion y es muy dado al estudio, especialmente de las cosas raras.

Pero, los rasgos más característicos suyos son: una moralidad severa que se desprende de todos sus escritos, la intencion satírica con que los empapa, la ironía fina y el cáustico epigrama que encierran la despreocupacion y amargura que revelan, en medio de



una amenidad, sencillez de estilo y correccion que encantan. De talento profundo, de ingenio travieso y fácil dicción, ocuparía á esta fecha un lugar distinguido en la república de las letras si no tuviera un enemigo dentro de sí mismo que lo anula casi completamente y lo aniquila; la pereza. Cuanto podría decir sobre esto sería pálido ante la realidad. En vano concibe, crea é imagina ante la ejecución cede todo su ser, la idea del trabajo le abrumba y el temor de que una vez puesto á la obra no la deja hasta al fin, le hace no atreverse á empezar. Es inconstante y aborrece las dificultades que sin embargo sabe vencer sin esfuerzo notable; ama la variedad y la variación, y sobre todo tiene un punible desprecio de la opinión ajena, y al mismo tiempo una desconfianza de sí mismo que, hace que la mayor parte de sus trabajos sean por él condenados al fuego ó por que no le agradan ó porque agradan á otros. Su vocación más decidida es el teatro, para el que tiene excelentes cualidades, pero creo que jamás llegará á despuntar por su carácter y por la poca protección que encuentra en quienes naturalmente debieran dársela. Como periodista ha hecho sus pruebas en periódicos notables de Madrid y de provincias á pesar de lo cual apenas es conocido. Con alma de poeta, su positivismo le impide elevarse á las regiones de la poesía, siente y piensa, pero, sólo da al mundo sus pensamientos y cierra su corazón con el doble candado de la indiferencia y el desprecio de las cosas exteriores. Es, en una palabra un sér completamente ajeno á nuestra patria y á nuestro siglo, pero, cuando las atenciones de la vida le llaman á él es otro fecundo Larra, nuevo Quevedo en la intención, el sarcasmo y la amargura. Hombre es que guarda los mejores chistes de su travieso ingenio para ridiculizar sus propios defectos. A tanto se atreve que él mismo se ha retratado de la siguiente manera:

### Mi retrato.

Soy español, cojo y manco,  
miope, boquituerto y sordo,  
mucho más flaco que gordo,  
mucho más negro que blanco.  
Soy con mis amigos franco,  
algo ambicioso y muy terco,  
á ser poeta me acerco,  
y, como soy pobre, es claro,  
llevo un vestido muy raro  
y un sombrero roto y puerco.

JULIAN ARBULO.

Este, pues, que me atrevo á llamar mi amigo, hallóme cierto día, no muy lejano, en mi cuarto de estudio y despues de los saludos de costumbre entablamos el siguiente diálogo:

—Hombre—le dije—llegas en buen hora, ahora mismo iba á ponerme á escribir unos artículos sobre el teatro antiguo español, y quiero que me suministres algunas ideas, que las tendrás y buenas, para ilustrarme más sobre este punto.

—Sabes—me contestó—que mis ideas, en esto como en todo, son muy extrañas y en ocasiones no has querido admitirlas.

—No importa exclamé—veamos lo que te ocurre y en su vista haré lo que me parezca; dispénsame la franqueza.

—Puedes ser todo lo franco que quieras conmigo, que no por eso he de ofenderme; pero veamos; ¿de qué te ibas á ocupar en este momento?

—Debo escribir sobre los escritores dramáticos de segundo orden, y ahora voy á hacerlo de D. Luis Belmonte Bermudéz.

—Alto ahí; dime, si á ese das un lugar secundario entre los dramáticos antiguos ¿cuántos lugares estableces y en cuáles has colocado ó piensas colocar á Cándamo, Martínez, Barrionuevo y otros muchos que jamás han igualado á Belmonte en el donaire y la gracia, en el decir, en la intencion dramática y otras cualidades que en este resaltaron en sumo grado?

—Dos lugares sólo establezco y parécenme suficientes, si bien en tu opinion debiera establecer por lo ménos tres ó bien haber colocado á Bermudez en el de los de primer orden.

—Eso pienso y tengo mis razones.

—Te diré; Luis Belmonte Bermudez merece, es cierto, ser colocado entre los primeros, y méritos tiene para ello suficientes, pero como quiera que la mayor parte de sus obras no son conocidas y las que lo son no han sido completa y detenidamente juzgadas, contra mi entender y por no encontrarme con el de personas muy autorizadas y respetables, le he colocado en segundo término, por más que para mis adentros lo estaría muy bien en el primero.

—Admito esas razones como nacidas del respeto á autoridades que para mí tambien lo son, por más que te estrañe, y vamos al asunto.

—El asunto es hacer la biografía del autor, para lo cual me ayudarás con tus noticias, y el juicio del mismo y de sus obras en conjunto y separadamente.

—Vamos á ver lo que tú sabes acerca de su nacimiento, pátria, primeros trabajos y sucesos de su vida; y te aseguro que algunos habrá que ignores á pesar de tus investigaciones, y que la casualidad ha puesto á mi disposicion, ya que, parodiando al autor de que hablamos en una de sus comedias, puedo decir:

Los casos dificultosos

y los lances complicados  
 los *persiguen* los honrados  
 y los *logran* los dichosos.

—Hé aquí lo que he podido averiguar: Luis Belmonte (ó Velmonte que de las dos maneras lo he visto escrito) nació en Sevilla por los años de 1587, según consta en el *Discurso genealógico de los Ortices de Sevilla* por D. Diego Ortiz de Zúñiga, (Cádiz 1670); léese en él lo siguiente:

“Algunos conquistadores (de Sevilla) celebra Luis de Belmonte, poeta sevillano en *La Hispania*, poema que dedicó á D. Juan de Arquijo.”

“Esquíveles, Ortices y Roelas  
 Los de Casaos, Moscosos y Medinas  
 Vivas en los hijares las espuelas  
 Investigan empresas peregrinas.”

Ignórase lo que fué de sus primeros años y los estudios á que se dedicó si bien de sus obras se desprende que debió cursar las bellas letras y humanidades, no debiendo ser extraño á la teología y demás estudios eclesiásticos, dando como un barrunto de que en los últimos años de su vida debió ordenarse de sacerdote, pues la indiferencia con que este autor ha sido injustamente mirado y el desdén de su memoria nos ha privado de noticias interesantes sobre su vida y costumbres y hasta del conjunto de sus obras, de la mayor parte de las cuales sólo se conserva el título. Hasta 1610 no sabemos de él, sino que cultivando la gaya ciencia mereció por su acierto y donosura los elogios de sus contemporáneos, siendo admirado en Sevilla su pátria y en toda España como un poeta mimado, cantor de las tradiciones hispálicas lo que le valió la protección de Arquijo, que hasta su muerte honróle y agasajóle, y la amistad de todos los poetas españoles, de que tanto fruto sacó y á la que correspondió siempre cordial y noblemente. Hasta entónces, y mucho tiempo despues, sólo escribió una comedia titulada *Algunas hazañas de las muchas de Don Garcia Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete* ó *El mejor amigo el muerto* en colaboracion con Rojas Zorrilla y acaso Calderon, y numerosas composiciones sueltas de cuyo mérito no estov seguro.

—Yo sí—dijo á esto mi amigo—toda vez que por ellas obtuvo varios premios y honoríficas menciones en certámenes poéticos, y que su contemporáneo Lope de Vega alabó en la relacion de los premios las galas poéticas de sus composiciones, suponiendo colocada su efigie entre los hombres célebres en su *Jardin alegórico* (Epístola octava de la Filomena. (1621).

“Resplandece en su fábrica Belmonte.”

y es tanto más de apreciar este rasgo cuanto que este ingenio jamás prodigó sus alabanzas ni al mismo de quien hablamos.

—Lo que le valió gran honra y fama fué su poema *La Hispalia* en la que cantaba la glorias y grandezas de Sevilla, los hechos ilustres de sus varones y los encantos de tan bello país. Ignórase la época en que la concluyó y...

—Perdona que te interrumpa; es verdad que no puede precisarse la fecha, pero, teniendo en cuenta que Arquijo á quien acabas de citar y al que lo dedicó, vivía en Julio de 1622 y murió el año de 1630, debió acabarse en este intermedio y esa es la opinion de un crítico autorizado. Ahora sigue:

—El 1616 publicó su poema *La aurora de Cristo* de que hoy apenas existen ejemplares, y desde esta época, ya sólo, ya con la colaboracion de algunos ingenios de aquel tiempo escribió casi todas sus comedias, siendo uno de los que más afición le mostró y con quien más obras dramáticas compuso Antonio Martínez; buena prueba es lo que en su *Vejamen* escribe el famoso Cáncer:

“Y apenas (dice) me dejaron aquellos, cuando se acercaron á mí, envueltos en sudor y polvo, don Antonio Martínez y Luis de Belmonte. Hízome novedad el vellos juntos y don Antonio Martínez me sacó de esta duda con esta redondilla:

Con esa duda me enfadas;  
¿Quién al vernos extrañó?  
Porque siempre hago yo  
Con Belmonte las jornadas,,

Escribió también con Calderon, Rojas, Zorrilla, Martínez, Menceses y otros, con gran aplauso y aprobacion de todos, como expone Montalvan en su *Memoria de los que escriben comedias en Cartilla sólamente*:

“Luis de Belmonte, dice, ha continuado por muchos años el escribirlas y el acertarlas, que en el todo es uno, siendo en las veras heróico y en las burlas sazonadísimo.”

Este juicio que nuestro autor mereció á quien antes de entre garse á las extravagancias de una escuela de que fué sectario, era autoridad respetable por sus conocimientos y práctica de la materia, es acertadísimo y exacto ya que en la gracia y donaire Belmonte tuvo pocos rivales y que en esto consiste su mérito principal, pues en lo heróico no fué tan afortunado como de su ingenio podia esperarse.

Infinitas debieron ser las obras dramáticas de este autor, si bien sólo ha llegado á nosotros un reducido catálogo y más reducido el número de sus obras hoy conocidas, por el desdén y olvido con que se le ha mirado durante largo tiempo y porque la circunstancia de ser muchas de ellas anónimas, (costumbre seguida entónces



por muchos autores) hizo que se atribuyeran á otros algunas suyas, error que poco á poco se vá corrigiendo habiendo vindicado para Belmonte muchas falsamente atribuidas y cuyo detenido estudio y comparacion y las noticias que cada dia se adquieren han indicado como del mismo.

Algunas de sus comedias han sido atribuidas á otros, y hasta el mismo *Diablo Predicador* ha sido tenido por de N. Bermudez (segundo apellido de Belmonte) ó por de un padre Damian Cornejo (desconocido;) otras á D. Francisco Villejas y D. Francisco Malaspina segun se desprende de manuscritos que existen en poder de particulares, opinion á que dió márgen el no estar firmadas algunas de ellas, ó por temor de un fracaso ó por recelo de las persecuciones por lo que todas estas llevan despues del título y epígrafe: "por un ingénio de esta Corte."

El número de las hoy tenidas seguramente como suyas es el de 25 en algunas de las cuales le ayudaron los autores antes citados, y de las que apénas son conocidas ocho, conservándose ejemplares impresos ó cópias, habiando llegado á mis manos (de la magnífica coleccion de D. Juan Aldama) seis, dos más que el diligente coleccionador Mesonero Romanos, que vivió en la corte y en roce continuo, con los más competentes en la materia, y de ellas he de ocuparme en estos estudios y que son: *El Diablo Predicador*, ó *mayor contrario amigo*, *El Príncipe Villano*, *La Renegada de Valladolid*, *El mejor tutor es Dios*, *Las siete estrellas de Francia* y *Afanador el de Utrera*, número más que suficiente para formar una idea del mérito de este autor y de la índole de su ingénio.

No faltaron tampoco imitadores de Belmonte que tomaron de sus obras el título y el pensamiento y hasta tiradas enteras de versos, y como es natural á través de la oscuridad en que yacen uno y otro, se ha dudado al adjudicar la pertenencia de las mismas, pero, la superioridad de este decide la cuestion, ya que de no ser el primitivo autor en razon de mejora y perfeccionamiento cupiéranle los honores de la originalidad y donosura.

En otro lugar me ocuparé de sus comedias conocidas y haré en vista de su exámen, el juicio completo de las mismas y de su autor, ahora sólo me resta decir que se ignora la época de su muerte y el lugar en que murió y está enterrado este donairoso escritor, más digno de la memoria de los amantes de la literatura pátria que del desdén con que ha sido mirado.

--Réstate ahora, añadió mi amigo, como muestra de justicia indicar los escritores que antes que tú han tratado, aunque no tan estensamente esta materia, y aquellos de que has tomado datos y noticias, ó los documentos que te han servido para ello, de este modo no olvidarás el universal principio de justicia: *suum cuique tribuere*.



—Así lo haré, más por ser tarea larga y menuda sólo he de cirtarte la obra de D. Ramon Mesonero Romanos *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega* (Tomo 2.º) de la Biblioteca de Autores Españoles, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, edicion de Rivadeneyra, Madrid 1858, y el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, Madrid, 1860. Tambien he obtenido noticias de algunos amigos y personas eruditas, y las que tú me has dado y constan ya en estas cuartillas.

Despedímonos con esto, y despues de transcribir la conversacion, continué de la siguiente manera

CONTINUARÁ

FERMIN HERRAN.







## CARTA Á MARUJA.



Villagarcía 29 Agosto 86.

Si aún recuerdas, Maruja, los momentos  
en que gozamos, por la dicha unidos,  
si aún viven, que lo dudo, en tus oídos,  
de mi boca, los últimos acentos;  
presta atención del cariñoso amigo,  
á estos cortos renglones; —  
(si pones ese gesto... no te escribo,  
¿insistes?... ¿me lo pones?....)  
en este instante, imaginéme verte,  
perdona el extravío; estoy chiflado—  
necesito el silencio de la muerte  
para escribir; y—charlan á mi lado;  
por eso, me distraigo de este modo,  
por lo demás..... no creas,  
no creas, Marujilla, estoy en todo,  
sigo escribiendo, porque así lo veas.

A la orilla del mar y en tí pensando,  
paso la vida aquí;  
vida, que á la verdad, me vá cansando,  
separado de tí.

Pues como no te veo, ni te escucho  
padezco lo insufrible; ¡tú que quieres!  
sois el diablo, Maruja, las mujeres  
no hay cosa peor, que enamorarse mucho.  
¡Mucho! pues ¡ya lo creó!  
lo que es como yo á tí, querrán poquitos,  
á veces duermo; y me despierto á gritos  
de alegría, soñando que te veo.  
Figúrate mi pena,

al ver la realidad triste y desnuda,  
Dios es padre; y me ayuda  
sinó;—ya no llegaba á Noche buena.  
Me moria, Maruja, me moria,  
si su favor, me retirase el cielo;  
(me falta un consonante:) ¡qué daría  
porque en vez de Maria,  
te hubiesen puesto al bautizar Consuelo!  
mas..... lo eres de mis penas; y por tanto,  
te lo puedo llamar comprometido,  
porque el verso, no sufra gran quebranto.  
Y sin echar el caso en el olvido,  
por mi santo te juro,  
que aunque el cura se asombre,  
lo que es para otro apuro,  
te llamaré, Consuelo, sin cumplido,  
pero por hoy..... Maruja; que es tu nombre.

Si ya mal no recuerdo; te decia  
que de tí separado,  
aquí, á la orilla de la mar, vivia  
triste y desesperado.  
Así vivo, Maruja, así sin calma,  
sin paz, y sin contento;  
no sé lo que es, lo que le falta á mi alma,  
pero está sin aliento,  
y padece intranquila,  
no pudiendo matar hoy, sus enojos  
como antes, asombrándose á mis ojos,  
para verse despues en tu pupila.

.....  
¿Te acuerdas, de aquella hora, de aquel dia,  
rayana con la noche,  
en que, arrancando impetuoso el coche  
que á tí te conducía,  
yo, agitaba, mirándote, el pañuelo,  
y una nube de polvo, me envolvía,  
formando remolinos junto al suelo?  
perdí de vista el coche; voló al cielo



DE MADRID

el polvo que las ruedas levantaron;  
los que estaban allí, me abandonaron,  
y al verme sólo, comenzó la historia  
de un dolor tristemente prolongado;  
aun no estoy Marujilla, tan chiflado,  
que haya perdido, mi feliz memoria.  
¡Tan feliz! que recuerdo, como ahora,  
lo mucho que lloré; y es evidente,  
que cuando el alma llora,  
no se olvida el dolor, tan fácilmente.  
¡Tú en cambio, ibas serena!..  
no pude ver, siquiera en tu megilla  
una lágrima sólo; ¡picarilla!  
me dejabas sin pena.....  
Pero... olvidemos tan fatal instante  
y hablemos de otra cosa;  
ayer me regalaron una rosa  
encarnada, fresquísima y fragante.  
Y ¿sabes lo que hice?....  
pues... la besé mil veces; la deshice,  
y mezclando sus hojas,  
con las hojas fresquísimas, de un nardo,  
emblema de mi amor; blancas y rojas,  
en mi libro de misa, te las guardo.

Vuelve pronto; que muero de tristeza;  
y adiós Maruja; porque charlan tanto  
en esta habitación que, con franqueza  
Marujilla, me duele la cabeza;  
y observo con espanto,  
que me bailan las letras; y es que empieza  
á nublarse mi vista con el llanto.

A nadie dés las flores,  
que perfumando estos renglones van,  
Adiós, Maruja, amor de mis amores,  
te adora siempre, Juan.

Por la copia,—MIGUEL M. DE LA RIVA Y QUINTAS.





## TODO CARINO



— ¡Padre!... ¡padre!... no se apure,  
que yo, contenta, le cuido  
y á la Virgen Santa pido  
en mi oracion que le cure.

— ¡Eres un ángel!...

— ¡Quimera!...

Hija soy y nada más.

— Por eso conseguirás  
que con el alma te quiera.

— Cumpro mi deber ufana.

— Deber que muchos descuidan.

— ¡Calle usted!...

— Porque se olvidan  
que cuando llegue el mañana

y pase la vida breve,  
ellos tambien pedirán  
cariño, y nunca tendrán  
quién les cuide cual se debe.

— ¿Y yó? padre.

Tú, á porfía  
eres sostén de este anciano.  
Ven acá, dame tu mano;  
ponla así, junto á la mía.

— ¿Vés cuál arde? Es el calor  
que tú la prestas, dichosa,  
cuando, afable y cariñosa,  
me cuidas con tanto amor.

Yo me engrío al contemplarte,  
y tan buena al conocerte,  
mi única delicia es verte,  
mi sólo goce el besarte:

pues no hay placer más fecundo  
ni ventura más colmada



que el ver la gloria cifrada  
en tu amor grande y profundo.

—¿Me quiere usted mucho?

— Sí

¡Como no te he de querer  
si tú eres ser de mi ser,  
y no te apartas de mí!

Veo en tus ojos serenos  
dulce amor que al alma llega  
y en él la mía se anega  
sí á ningun temor ajenos,

presajian dulce ventura  
y tierno goce inefable  
que es tan sólo comparable  
al bien que el cielo me augura.

Cuando, triste y compasiva,  
me ves enfermo y doliente,  
tú, con cariño indulgente  
y al sufrir jamás esquivas.

Das á mi vejez cansada  
dulce alivio, y si este acrece,  
á tu lado me parece  
que ya no me falta nada.

Feliz tú que así dispones  
de bondad tan duradera,  
y cruza la vida artera  
colmada de bendiciones.

Feliz quien puede tener,  
para vivir y gozar,  
un ángel á quien amar  
y una dicha en que creér.

Despues de afanes prolijos  
Dios premia tanto desvelo;  
que hacen del hogar un cielo  
cuando son buenos los hijos.

ARTURO CAYUELA PELLIZARI.

Pamplona 1886.



## VERSOS DE OTRO TIEMPO

### I.

Todas las noches se hallaban  
en la tertulia los dos,  
todas las noches se amaban  
sin saber lo que es amor.

Y él al salir repetía:  
—¡Los retira con desden!  
Y ella inocente decía:  
—¿Porqué pisará mis pies?

### II.

La hablé de perlas y diamantes y oro,  
de un alcázar soñado y un tesoro  
que creaba mi loca fantasía.....  
y la oí pronunciar: ¡Cuanto te adoro!  
respirando alegría.

La hablé de mi pasión, del alma luego,  
de mi amor sin igual, inicuo fuego  
que alimenta la llama de mi vida.....  
de ese mar infinito en que me anego.....  
y ¡ay! se quedó dormida.

### III.

Tal vez lo sientas tú que no has querido:  
Dime ¿es verdad que cuando no se ama,  
cuando duerme en el pecho todavía  
ese volcán que abrasa?

Es verdad que si entónces se recibe  
de acrecentado amor la ardiente carta,  
escrita en el delirio de la fiebre  
que consumiendo mata...?

Es cierto, dí, que cuanto más amante  
más honda es la impresión que hiela el alma...?  
¡Habrás sentido, entónces, mucho frío  
si leías mis cartas...!

### IV.

El alma grita:—¡Recuerda!  
y el mundo responde:—¡Olvida!  
y olvidando y recordando  
se vá pasando la vida.

J. DE LA PEÑA BORREGUERO.





## ELLA Y YO.



### NOCTURNO

—Lo que has de hacer si antes que tú me muero  
yo quisiera saber,—  
me preguntó mi amada, y yo le dije:  
—Pronto te lo diré.

Siempre tendido en tu sepulcro helado,  
alma mía, estaré;  
y con amargas lágrimas, la tierra  
sin cesar regaré.

Lirios y siemprevivas y heliotropos  
á tus piés plantaré,  
y estas hermosas flores, con mis lágrimas  
sin cesar regaré.

—¿Más tú qué harás si antes que tú me muero?—  
luego le pregunte;  
y ella me dijo:—¡Amado! ¡Si tú mueres  
yo también moriré!

VICENTE ARANA.





## DE MI COLECCION



### I.

De una profunda herida los dolores  
siento en el corazon;  
de los celos, los crueles sinsabores  
aumentan mi amargor;  
mas tan crueles dolores ni amarguras  
no sufriria yo,  
si un beso saturado de dulzura  
me dieras tú, mi amor.

### II.

Te suplico me aborrezcas  
que me desprecies te ruego  
mas no acordarte de mí  
eso no, dulce Consuelo.

### III.

No es posible que tú mueras  
flor del huerto ribereño,  
porque te riegan mis lágrimas  
aunque tengas otro dueño.

### IV.

Me quisiste, y yo te quise  
nos amamos, y te amé,  
llegó un dia, me olvidaste  
y yó... jamás te olvidé.

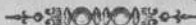
HERMINIO MADINAVEITIA.







UN CONVENTO EN EL SIGLO XI.  
EPISODIO DE UNA NOVELA  
DE  
**Gustavo Freytag.**



(CONTINUACION.)

Mostróse Tutilo más locuaz en cuanto entraron en los cercados donde bajo la inspeccion de los monjes se ocupaban los siervos de la comunidad en trabajos manuales y agricolas. «Ya ves hermano» dijo irguiendo la cabeza «que la casa de S. Wigberto no es mezquina, y que la bendicion del santo ha llenado nuestras cuevas y graneros, pese á la codicia de los condes y sus vasallos. Y ahora que te hemos abierto todas las puertas y te hemos enseñado tu sitio en el hogar, cuéntanos, si te agrada, lo que del siglo sepas, pues corren por el país tristes anuncios de nuevas disputas que entre los hijos del mundo se preparan.»

«No laves á mal, padre mio, si en este sitio y momento no satisfago tus deseos» contestó Reinhardo humildemente «bien sabes que la boca del monge, que llega de léjos, está cerrada hasta que el permiso del señor abad la abre.»

Relampaguearon coléricos los ojos de Tutilo. «Aqui estoy yo en vez del abad, y tengo derecho á desligar tu lengua.»

Reinhardo se arrojó rápido á sus plantas y levantó hácia él las manos. «Perdóname, padre mio, si provocho tu cólera; obediente debo ser para tí, como el polvo; pero lo que la santa regla nos prescribe, no quiero yo hacer. Es mi deseo enterarte de todo, pues traigo noticias importantes; pero si tú fueras Abad querrias ser el primero á saberlas.»

Tutilo paseó su ceñuda mirada sobre los monjes, pero apercibió en los rostros claras señales de aprobación para el derecho que sostenía el compungido extranjero; calló y no daba muestras de mandarle levantarse hasta que Herigo intervino. «Pues que nuestro hermano se ha humillado como convenia, te aconsejo que le lleves á S. Pedro á la presencia del señor Abad, para que todos sepamos lo que puede interesar á la prosperidad del monasterio ó serle perjudicial, y tú antes que los demás, pues tienes el cargo de velar continuamente por el bien de todos.»

Volvióse Tutilo con ademan nada benévolo al interlocutor, pero se dominó y dirigiéndose al suplicante con voz que disimulaba mal la ira dijo «Nunca atravieso con gusto la puerta que nos separa de aquella colina, pero no quiero, hermano mio, gravar con escrúpulos tu conciencia. Levántate y espérame á la salida. Tú, Walto, manda ensillar mi caballo para que suba á tomar órdenes de nuestro amo.» Volvióse sin atender cómo Reinhardo le recomendaba á las oraciones de los hermanos, se levantaba de su humilde postura, y con la cabeza inclinada seguía al padre portero hasta la salida del monasterio. Tutilo despidió á los monges que le acompañaban y sólo ya con su confidente Hunico desahogó su mal humor. «Nada bueno me prometo de esta abeja extranjera que entra en nuestra colmena; es un loco de la escuela moderna; besan los piés y pegan puñetazos en el pescuezo; es de los que llevan cuenta de los vasos que bebe cada fraile, y empuñan las disciplinas por bocado más ó ménos. Quien tan dispuesto está á besar el polvo mal resistirá al rey y á los condes cuando quieran cercenarnos los diezmos y mansos, y dejar la comunidad tan pobre como estaba en los tiempos de Lulio, que los hermanos tenían que uncirse al arado, y alababan la bondad de Dios cuando recibían su libra de pan diaria sin mermas. Lo que es yo no pienso haber llenado para otros la despensa, y si estalla la guerra, nos buscaremos nuevo abad que ensalze el monasterio en vez de rebajarlo; pocos príncipes del imperio se nos igualarían en poderío si en la silla abacial se sentase un hombre en vez de un carcamal» y entró con firme paso en la clausura, á prepararse para la ingrata visita.

Mientras que los dignatarios de la comunidad visitaban el convento, el jóven acompañante del extranjero habia retrocedido hasta la Iglesia; inclinóse ante el altar, deslizóse á lo largo de la columnata, y una vez en el átrio abrió la entrada de una galería de madera que conduce á la torre del santo arcángel Miguel. Subió el caracol estrecho hasta llegar al piso del campanario; allí estaba la imágen del arcángel, que con su coraza alada parecía cernerse en los aires protegiendo la torre contra el fuego celeste. Mientras el monge murmuraba una oracion sonó en lo alto una



voz fresca «Bienvenido Rigberto.» El monje impuso silencio con un gesto, subió la empinada escala que conducía á la cámara del campanero y paróse á pocos pasos del jóven Immo. Este estaba sentado en la ventana del campanario, sobre una tabla estrecha, más cómoda para una corneja que para un mancebo robusto, y observaba con impaciencia la llegada del monje.

«Vienes de Turingia y te estoy aguardando desde el medio dia; Hugbaldo el escudero se os adelantó y trajo la noticia á la garita del vigia. Has visto las fuentes donde brotan los arroyos del bosque, has oido el viento de la montaña y los cantos de nuestros paisanos cuando danzan en la pradera ¿qué me dices de aquellas frondosas selvas?

«Las fuentes corren como siempre desde el alto sendero de la cumbre al valle, el hacha del leñador retumba contra los duros troncos. Desde el gran mercado de Erfurt mi señor Reinhardo cabalgó hácia las celdas de nuestros hermanos, en Ordorf; en el camino descansamos en una casa señorial.»

Un súbito rubor coloreó el rostro del escolar, y con argentina voz y la mano estendida á Oriente exclamó «la casa de mi Padre.»

«La noble señora de la casa nos recibió cordialmente.»

«Mi madre» gritó el indómito rapaz, y volvió el rostro para ocultar sus lágrimas al monje. «Háblame de ella» dijo despues de un rato.

«Parecióme una santa, y su porte era de princesa, aunque su traje era sencillo y de riguroso luto de viudez.»

«Mi padre murió de una herida, en lejanas tierras, y sus hijos aún no han podido vengarle; yo estoy encerrado en este calabozo. Infeliz la mano que mueve el incensario, en vez de blandir el acero.»

«Más ha de aprovechar á tu felicidad el incienso quemado en el altar que las palabras violentas.»

«Eso dirás tú, que llevas muy á gusto el sayal que te han tegido los frailes.»

«Mi madre me consagró desde mi infancia al servicio de los santos, porque quería ofrecerles lo que más amaba en el mundo; desde entónces mi hogar es el santuario.»

«Tambien los míos, cuando era muy niño me destinaron al altar, y eso que era el primogénito y era derecho mio alzar el pendon de mi raza. Bien le pesó á mi padre la promesa, pues pronto vió que mis puños, más que para sostener la pluma y el breviario estaban hechos para el escudo y la rienda; y así me educó como si hubiera de ir á la guerra, aunque mi madre presentia una desgracia. Pero marchó mi padre á Italia con el emperador Otto, y cayó prisionero de los infieles griegos; entró entónces la angustia en nuestra casa; vendió mi madre al monasterio, las más fértiles

tierras para reunir el dinero del rescate, y los frailes exigieron además del terreno el hijo consagrado, para que se apaciguase la cólera de los santos y se apiadaran del cautivo. Vestia yo entonces la primer cota de mallas, y ahora traigo este lúgubre traje de escolar y como un raton prisionero busco en vano la salida entre las tablas de esta gran ratonera. Los santos no han traído al padre á la casa, pero yo aquí me he quedado encerrado.»

«Quieran ellos admitirte como victima propiciatoria, aunque rebelde te acerques al altar» repuso el monge con tristeza.

«A caballo hubiera ido yo por ellos hasta el fin del mundo, pero de rodillas sobre la piedra lisa, no puedo. Todos mis abuelos han servido á Dios en la guerra, y yo soy como ellos.»

«Y sin embargo debería serte agradable tu servidumbre, rapaz descontentadizo, si no tuvieras tu pensamiento siempre fijo en las vanidades del mundo. No has de ser un pobre fraile, sino un regalado canónigo, y llevarás vestidos de seda, montarás á caballo y hablarás con las mujeres como otro cualquiera.»

«Y entónces porqué no uso ya el roquete blanco?...» preguntó con cólera Immo. «Al ménos otros que entraron despues que yo en la escuela tienen ese consuelo. Bien sé que tal favor es caro y que nadie de mi familia puede pagar á un obispo el beneficio. Y aunque lo tuviera ya bien sabes que el murciélago es animal desgraciado, ni pájaro ni raton; y yo soy de una raza que gusta de volar sobre la pradera á la luz del sol. Pero dime lo que has visto en mi casa, Rigberto.»

«Mi señora Edith enseñó á mi compañero desde el balcon del castillo todas las capillas del contorno; y cuando las campanas acá y allá tocaban la oracion del mediodía, rompió del bosque un escuadron, todos ginetes en caballos de claro pelaje.»

«Mis hermanos eran, así es la raza de nuestra marca» gritó Immo fuera de si.

Hizo el monge seña afirmativa y prosiguió: «La señora Edith dijo al padre: mira Reinhardo ahí vienen mis seis polluelos, á picotear su racion ¿no te parece una hermosa tropa?»

«Y entre tanto la corneja aquí, en el mechinal de esta torre.»

«Los seis fogosos ginetes volaban mejor que corrian, y con las guedejas flotando al aire, y los ojos centellantes de compararlos á algun ave no sería por cierto á los cantores de la selva.»

Immo sonrió satisfecho. «No creas que me molesta que compares á la gente de mi raza con los buitres; espero que los muchachos salrán usar pico y garras. ¿Reparaste el caballo que montaba mi hermano menor, Godofredo, al que nosotros llamamos Fredin? Muy pequeño era cuando yo salí de casa hace seis años; me echó los brazos al cuello y lloraba sin consuelo; y cuando traspuse el umbral corrió hácia mí sollozando y me cogió por los vesti-



dos para que no me alejara. Levantéle sobre el caballo que era mio, púsele las riendas en la mano, y advertile al potro que quedaba al servicio del chicuelo. Debes haberte fijado en él, aunque seas fraile; es un caballo sajón, de las yeguas del rey; todo blanco y la crin y la cola brillantes como la plata. Habla, Rigberto, viste el caballo?»

«Bien he visto el hermoso animal.»

«Ahora tendrá doce años, y todavía podrá llevar á mi Fredin cuando haga sus primeras armas; pues dice el refran que á guerrero jóven caballo viejo. ¿Qué tal parecía el chiquillo sobre el caballo?»

«Si no me equivoco el caballo que tú dices lo montaba el más viejo, el que llaman Oto.»

Immo como una fiera saltó desde la tabla á la escalera y echó mano al monje. «Dices que Oto, el que es heredero en lugar mio? Me toma las tierras y el señorío y ahora despoja á mi hermano de mi último regalo? Olvidado estoy y despreciada mi memoria entre los míos; soy un esclavo, un prisionero de guerra» y golpeaba furioso el tabique de madera, mientras contraía su cuerpo un sollozo nervioso.

«Loco eres en exasperarte así, Immo; ni tu hermano tiene la culpa de que hayas venido aquí, ni que montara el caballo sería otra cosa que una casualidad.»

Immo no contestó y el monje esperó en silencio á que se calmara el arrebato; enderezóse por fin el rapaz y ya más tranquilo preguntó: «Me traes algun recado de mi madre?»

«El padre Reinhardo te dará la bendicion de ella, si el señor abad lo permite. Procura agradar al extranjero, que viene al cláustro para regentar la escuela y desde mañana será tu señor.»

«Ha de encontrar servidores algo rebeldes en la escuela de esternos ¿será de la casta de Tutilo, eh?»

«Hablas más alto de lo que conviene entre las paredes de un convento» dijo Rigberto mirando en torno suyo con zozobra, y con voz persuasiva prosiguió: «Siempre has sido bueno para mi y en pago he de hacerte una advertencia: si amas tu vida, tu felicidad, y deseas asegurarte el porvenir, acomódate al nuevo maestro; es muy bñdadoso pero muy severo, y creo que van á cambiar los tiempos en la casa de S. Wigberto; en los otros conventos de la órden he oido murmurar mucho de nuestra indisciplina.»

«Vete con eso á los padres; ahora mismo, desde esa ventana estaba viéndolos danzar entre los montones de yerba, cogidos de las manos con las muchachas de la aldea» repuso Immo riendo.

«Silencio, mal hecho está pero es peor hablar de ello; el ayuno y las disciplinas que hasta ahora sólo servian contra nosotros van á emplearse con los escolares.

«Bien menguada es nuestra racion de carne, y si nos imponen el ayuno ¡qué diablo! aún no hemos olvidado el camino de los gatos sobre los tejados ¿no te acuerdas?» El monje se santiguó. «Despues sale uno al bosque y se caza alguna cosa; más de un cervatillo hemos tostado entre los árboles, y bien sabes de cierto agujero por donde pasaban á la clausura sabrosos bocados.»

«Ya lo he confesado, y cumplidó la penitencia.»

«No habrá sido muy dura, hermano Rigberto.» Ya sé que me quieres y me adviertes con buena intencion. Y ahora, paisano, cuéntame algo de la tierra, de tu casa de Friemar. ¿Cómo están tus padres Balduino y Sunquilda? Muchas cuencas de leche me tienen dadas cuando en mis correrias paraba mi caballo á la puerta de su antojana, y tambien buenos consejos que yo escuchaba impaciente, porque conocia la razon; pero los oia con respeto porque tu padre era anciano y muy querido del mio. Cuando iba á casa para él era el principal asiento junto al hogar, pues ya sabes que desde muy antiguo hay estrecha amistad entre el castillo y la behetría.»

He visto de lejos el techo de la casa, no he visto al padre ni á la madre» suspiró Rigberto. Immo lo miró estupefacto. «Para nosotros se escribió «abandona á tu padre y á tu madre:» volví el rostro cuando divisé la casa entre los tilos, para que los santos me tomen en cuenta el sacrificio y acojan mis oraciones por la salvacion de los viejos.»

De un salto se colocó otra vez Immo en su observatorio, y sus miradas se abismaron en el horizonte; al cabo se volvió hácia el monje que permanecia con la cabeza inclinada y las manos cruzadas y con mal humor le dijo: «Pocas noticias me traes de mi pais.»

«El padre Reinhardo trae malas nuevas de la Turingia.»

«La casa de mi madre está en paz con sus vecinos?»

«Los rebaños pacen descuidados en las praderas de la tierra, y las gentes trabajan en los campos sin atalayas; pero tu madre hablaba angustiada con el padre Reinhardo.»

«Me estás dando gota á gota la bebida, como huesped tacaño; poca amistad me muestras.»

«Aún te he dicho más de lo que debia, y sólo porque aún traigo el hábito de viaje me permito estas confiancias. Hoy por la tarde cuando toquen á la Hora, pediré arrodillado á mis hermanos que recen todos por los pecados que he cometido en el viaje: tal vez por su intercesion se me perdonará mi indiscrecion; despues no he de volver á hablar contigo como hoy lo he hecho, y tú no has de tomármelo á mal, amigo Immo.»

CONTINUARÁ

El traductor,  
G. A. y U.



## La injusticia, la novela y la historia del duelo.

---

Allá en lo más recóndito del cerebro humano, en ese misterioso y sublime laboratorio del cual surge con harta frecuencia la duda imponente y avasalladora queriendo entablar titánica y esforzada lucha con la razón, lucha desigual y breve, por la diversidad de fuerzas que se apréstan al combate, y en donde la razón vence sin restricciones; allí donde se bosquejan tímidamente las ideas, como el anuncio indeciso de las luces del crepúsculo sobre el horizonte, y cuyas ideas asoman después á los labios convertidas en palabras, tan claras, como los rayos del sol al desterrar los límites confusos; allí he procurado inquirir en vano la lógica, la necesidad del establecimiento de lo que entre nosotros se conoce con el característico nombre de salas de armas.

No os alarme esta premisa; espíritus soñadores y fantásticos, y desprendeos por un momento, nada más de ese ciego entusiasmo porque sois seducidos y arrastrados, entusiasmo que por medio de extraños fenómenos, os presenta reales y distintas, en nuestra moderna sociedad, las legendarias figuras de Roldan y Oliveros, ó las de aquellos atletas de nervios de hierro, Hércules de fuerza, que en singular batalla con las fieras, eran la diversion de los Emperadores Romanos, y el aplauso de un pueblo bárbaro y estúpido, que con su pesadumbre de grandeza y poder sólo pudo ostentar como blasones de su progreso, los férreos nudos de la esclavitud y la más degradante é infame prostitucion; desprendeos brevisimos instantes de las seductoras estocadas en *cuarta* y en *tercera*, dejad descansar el guante y el florete, duerma en calma el bélico ardor del combatiente y racionemos un poco.

No pretendo (pues serian vanos alardes de inmodestia) convertirlos en discípulos de mi doctrina, ni herir en lo más mínimo vuestra para mi respetable sensibilidad, léjos, muy léjos del pensamiento destruir en absoluto vuestras creencias, pero asi como os es dado defender con calor esas seductoras teorías, sea-

me permitido al ménos echar mi *cuarto* á *espadas*, para emitir igualmente una opinion sobre el asunto, tal como se elabora en el fondo de mi pensamiento, y dejadla que impresa en el papel, sea comentada y discutida á fin de que previo detenido análisis, los que como yo piensen y sientan puedan exclamar.....¡tiene razon...! Si son los más, habré ganado el pleito, si los ménos habré sido derrotado y vencido.

Las afirmaciones que me servirán de base, son en mi humilde concepto, *innegables*, pues se encuentran revestidas de la inflexible lógica, autorizada maestra de verdades y enemiga mortal de los sofismas, por cuya razon sin vacilaciones de ningún género doy á mis conceptos indumentaria ó ropaje artistico propio, y dejo al público lector, que como juez castigue mi osadía demostrándome que es sólo alucinacion en lo que incurro, ó que por el contrario, prestando su conformidad aduzca con ella mayor cantidad de fuerza á mis argumentos.

Siendo el tema que voy á presentar de fácil desarrollo, procuraré ser en la exposicion todo lo más breve, claro y conciso posible, y como la introduccion es inherente para el método, sirva lo hasta aquí expuesto como preliminar ó prólogo de mi trabajo, y cerrando ahora paréntesis tan largo, entremos en materia.

## I.

Por una reciente disposicion se hallan establecidas en todos los cuerpos de Infantería salas llamadas de armas, como estudio de aplicacion ó adorno para todo aquel que dedicado al noble ejercicio de ellas, vistió el honroso uniforme que lleva por nombre ó emblema, *fidelidad, disciplina, valor*, y como inmediata consecuencia el juramento de sellar con la propia sangre del individuo la realizacion de mision tan sublime. Con el fin de llevar á cabo la expresada órden quedaron autorizados los Jefes de los cuerpos para invertir cierta cantidad precisa en la compra de los efectos y útiles necesarios; ahora bien, esta disposicion, innegable es que sin que nadie esplicar pueda la razon del entusiasmo, con entusiasmo se recibió por algunos que nunca pudieron constituir mayoría pero que al instante vieron adornadas las cuatro caras del local elegido por los sables de madera, carabinas y pistolas de salon, petos, corazas, escudos, cascos, guantes y floretes; establecióse el reglamento; se designaron horas de enseñanza, que sea dicho de paso nunca se cumplieron, y los oficiales comenzaron á ponerse en guardia, y poco á poco pudieron instruirse en la esgrima del *arma negra*, nombre con que antiguamente se conocia á la que se empleaba para esta clase de ejercicios.

La primer duda que apareció tangible y evidente fué la de pro-





DE MADRID

porcionar maestro director de la sala. Para enseñar se necesita saber, y los conocimientos que el hombre adquiere á costa de estudios y sacrificios, es muy justo que sean recompensados; la real orden que trataba de las salas de armas no descuidó tan esencialísimo detalle, puesto que asignaba *cinuenta pesetas* de gratificación mensual al encargado de esta instruccion. ¡Maestro de sable y de florete!... entre militares parecía fácil encontrarlo, y sin discusion apénas, la mayoría de los cuerpos eligieron para este cargo á uno de sus oficiales, quien desde aquel dia su sueldo tuvo un aumento bastante regular sobre el de los demás compañeros desheredados, dadas las reducidas proporciones que hoy tienen los asignados al ejército. Lo natural, lo lógico era que el servicio estuviese retribuido, pero aunque esto sea evidente á todas luces, no lo es ménos tampoco que existen dentro de los batallones otros cargos que son obligatorios y de más útiles resultados, y desgraciadamente estos no tienen retribucion alguna. Los oficiales que se hallan al frente de las Academias de sargentos, cabos y alumnos, prestan un preferente servicio, servicio cuyos beneficios prácticos pueden fácilmente apreciarse en la instruccion de sus clases, y cuya necesidad es tan axiomática, que demás estaría el encarecimiento y la demostracion. Estos oficiales comprendieron perfectamente hasta hoy, que dentro de la esfera de sus deberes y obligaciones se encontraba comprendido el deber y obligacion de la enseñanza, pero, desde el momento en que á otro, que se dedica á la instruccion del manejo del sable y del florete, se le gratifica con tanta largueza, en ese cerebro en donde se establecen comparaciones, en esa imaginacion que ratiocina, encuentran justificada la arbitrariedad y la injusticia.

¿Es absolutamente indispensable en el oficial de infanteria el manejo del sable y del florete? ¿Es de reconocida utilidad su instruccion? Convengamos, aun á trueque del desencanto de los ménos, que de ningun modo se encuentra justificada ni la utilidad ni la necesidad. Desde luego el Ministro de la Guerra y el Director General del arma así lo han reconocido, puesto que no la han hecho obligatoria, sinó voluntaria, por considerarse esta clase de enseñanza más bien que precisa de diversion ó adorno. Muy buenos capitanes y generales se han formado que no tuvieron más nociones de esgrima que las que se hallan al alcance natural de cualquier ciudadano. Excelentes oficiales existen hoy en el arma de infanteria, que abarcando extensos conocimientos llenan cumplidamente sus deberes, y sin embargo con apatia é indiferencia han visto la creacion de esas salas en las que, si alguna vez penetran, no es para ejercitarse en el juego, sinó para recrear la imaginacion á la vista de la destreza de los combatientes. Es preciso desengañarse, el militar estudioso, que tiene en

tera libertad para elegir derroteros que cuadren con la razon, busca siempre aquellos que le pueden reportar beneficios, es decir elige lo necesario y desecha lo accesorio.

El ejército adelanta notablemente en su instruccion, en las Academias, en los Ateneos, en la prensa es ya muy comun encontrar militares, y militares celebrados por su ingenio y su talento, no es sólo el dominio de la espada el suyo, hoy la ilustracion se abre paso, aquellos invaden todos los ramos del saber humano, hoy se comprende, se adivina la necesidad del estudio, hoy se hace entre militares un mal papel sino se sabe discutir un punto cualquiera de dentro ó fuera de la profesion, y afortunadamente nuestro ejército ha ganado en poco tiempo tanto, tanto, que á él se deben muchos adelantos de ilustracion y de progreso. Y apropósito ¿cuánto mejor no fuera que en todos los cuerpos existiera una cátedra de lengua francesa, bajo la direccion de un profesor retribuido con 50 pesetas mensuales, y que esta fuera libre.... ¿entonces se verian en todos aquellos oficiales que no poseen esta lengua casi universal, acudir solícitos y deseosos á la enseñanza, entonces cuando llegásemos á la frontera, nos escucharían los oficiales franceses espresarnos en su mismo idioma entonces ganaríamos para el mundo algo más, mucho más, que el triunfo que proporciona la punta de un florete?

Vana pretension fuera en mí el querer negar que la esgrima no sea un estudio bonito, y que su enseñanza no proporcione al que la ejercita, agilidad, fuerza y destreza, no señor, pero tampoco lector negarme puedes que estas condiciones de higiene se pueden adquirir más extensamente en los gimnasios, sin precision de empuñar el *arma negra*; lo que sí negaré siempre es, que la posesion de estos conocimientos den por resultado un átomo siquiera de utilidad práctica, pues más bien me inclino á creer que son altamente perjudiciales, por las aplicaciones que puede tener la esgrima, en lo que hoy como ayer se llamañ, sin razon que explique su etimologia, *leyes del honor*.

## II.

En una de las cuarteladas últimas, arresto forzoso para el militar que cumple con sus sagrados deberes, cuando alzando la bandera de la rebelion y de la indisciplina hay iluso que olvida los juramentos prestados á su patria; encontrábanse reunidos casi todos los Oficiales de un batallon de Cazadores.

Abundaban en aquella colectividad las imaginaciones ardiences é impresionables, siendo contados los metódicos y filósofos. La conversacion era jovial y animadísima, el tema la muger. Despues que cada orador con sin igual franqueza puso á discusion sus lan-



DE MADRID

tes amorosos, y de relieve la envidiable maestría en la conquista, la táctica especial en la realización del objetivo, sazónándolo todo con epigramáticos é intencionados chistes, surgió entrelazada al amor, como la yedra al árbol secular, la defensa de la mujer elegida, y de deducción en deducción la utilidad del manejo del sable y del florete, y por lo tanto la espontánea aprobación del establecimiento de las Salas de armas.

Estaba la cuestión sobre el tapete. Oigamos los comentarios.

Concepto indispensable y preciso en el que de buen militar se precie, el conocimiento y manejo de toda clase de armas—decía un joven alférez—porque ¿para qué se ciñe una espada, si se desconoce el modo de combatir con ella? ¿para qué ejercemos la noble profesión de las armas si descuidamos los detalles que á las mismas se refieren? Mi opinión es completamente contraria á la de aquellos que en absoluto afirman, por sistemática oposición, la inutilidad de esa resolución proporcionada por la real orden que dispuso el establecimiento de dicha enseñanza.

¿Cuál es la enseñanza preferente en las salas de armas?—objetó un Teniente.

El sable y el florete—repuso el alférez—porque el tiro de carabina y de pistola no necesita maestros, sino pulso y afición.

¿El sable y el florete? pues amigo mio, siento no estar conforme con tus ideas, porque yo—exclamó el Teniente—soy partidario acérrimo de los que creen firmísimamente que la posesión del manejo del florete y el sable son completamente inútiles; tengo en mi abono poderosísimas razones—ya sabéis—exclamó dirigiéndose á sus compañeros, que yo no discuto por discutir.—En primer lugar la disposición que crea la enseñanza, atendiendo la poca utilidad que en sí encierra, no la hace precisa, con perfecto criterio por supuesto, en esto habreis visto todos que el Gobierno adivinaba perfectamente lo que habia de suceder, y sino vamos al terreno práctico ¿cuántos oficiales somos? Treinta. Pues no me negareis que escasamente cinco ó seis son los que acuden á dar lección, y no metódica y reglamentada por horas, no señor, sino cuando por distracción se quiere pasar un rato, cuando nada se tiene que hacer, cuando hay á toda costa que entretener el ocio. ¿Nada os prueba esto? Aquí está—dijo señalando á otro Teniente—un compañero vuestro y mio tambien que necesariamente pensará lo mismo que yo: él como vosotros presta el servicio que le corresponde y además tiene la indispensable y diaria obligación de asistir á su academia de cabos, en donde su acertado criterio ha podido conseguir de oscuros y rudos soldados unas clases de tropa, que dada nuestra actual organización son inmejorables: preguntadle si trabaja, preguntadle sino encuentra en sus desvelos al par que la satisfacción del cumplimiento de su deber, otra satisfacción

mucho mayor todavía la de las ventajas que proporciona á la sociedad y al ejército, y despues de esto comparad entre la enseñanza del florete y el sable y la enseñanza de los grandes deberes y virtudes militares, y decidme si entre ambas no existe una pasmosa diferencia. ¿Quién merece mejor para vosotros la recompensa, el que enseña lo útil, ó el que proporciona medios de causar la muerte? ¿Quién es más digno de ser atendido y recompensado, dado caso que para servicios tales se establezcan premios el que pone los medios para constituir hombres honrados, ilustrados y reflexivos ó el que indica las sendas en donde se encuentra la impunidad de la ofensa?

Indudablemente, tienes razon—exclamó el alférez—pero que el que instruya cabos no cobre las cincuenta pesetas y si el que enseña la esgrima, no prueba el que ésta sea inútil y mucho ménos que su enseñanza presente derroteros para buscar impunidad en las ofensas cometidas.

—¿Hay algun caso práctico en la vida militar, en que se tenga que combatir con la espada? mejor dicho ¿Puede presentarse la ocasion en que sea indispensable hacer uso del arma? Nunca. Desde que concluyeron los llamados juicios de Dios, desde que el feudalismo cayó de su soberbio trono al estampido del primer proyectil impulsado por los gases de la pólvora, el combate cuerpo á cuerpo con el arma blanca ha desaparecido; la espada se lleva como distintivo militar, como prenda de uniforme, se desnuda, se presenta, se tercia, pero con ella nunca se defiende la vida, pues el caso extremo que en campaña puede presentarse es que el enemigo lo tengamos á dos pasos y entónces desgraciado del que no tenga utilizables los seis tiros de su revolver, que será hombre indefenso ante la bayoneta ó la lanza del contrario, he aquí probada su inutilidad. ¿Que para qué sirve la enseñanza del sable y el florete? Pues sólo, únicamente para el caso de vengar en el campo del honor la ofensa recibida, es decir, para llevar á cabo el desafio en donde por lo regular suele ser más diestro el que ménos razon tiene en el pleito. He aquí el camino de la impunidad, he aquí el asesinato legalizado entre caballeros.

¿De modo—añadió el alférez—que el oficial lleva una espada y no le es esencial el saber manejarla? algo de lógica encuentro en tus razonamientos pero no puedo transigir por eso.

¿Que nó? ¿Lleva el cuerpo administrativo del ejército espada? La lleva el cuerpo de Sanidad, el jurídico militar? Indudablemente. ¿Hacen uso de ella en ocasion determinada? Nunca. ¿Porqué pues la llevan pendiente de su cintura? Porque es una prenda de uniforme. Y finalmente, si estas razones no fuesen suficientes todavía ¿qué significa la punta de una espada ante el cañon de una pistola ó la boca de un fusil? La lucha del pigmeo con el gigante. La



seguridad de vencer contra la imposibilidad de luchar.

—Pues amigo mio, en mi concepto es el duelo el refugio, el último reducto en donde se ampara la ofensa: si éste no existiera aquellos que no saben manejar una espada nos escupirian al rostro y era necesario tener razon para levantar la cabeza. La sociedad en mi concepto obra muy mal no autorizando que el ofendido atravesase á su contrario.

¡Esa es la teoría de los *valientes*! Como obran impunemente les gusta mucho atravesar la piel del contrario que se presenta al combate desarmado, aunque lleve el arma en la mano. Hay quien asegura que se hace preciso el duelo porque tambien es preciso castigar los delitos á que la ley no alcanza, no comprendiendo que hay muchos casos, casi todos en que el ofendido muere y aquí queda muy mal parada la justicia: lo que yo aseguro y aseguraré siempre es, que el duelo es un poderoso auxiliar, un diploma autoritario para el insulto en los espadachines de profesion.

Si pretendes—dijo el alférez—tan en absoluto demostrar que el militar no tiene precision de conocer para su defensa el manejo del arma que lleva pendiente de su cintura, siendo militar pundonoroso ¿qué harías tú si el dia de mañana te vieras escarnecido é insultado y tuvieras que batirte? ¿No admitir el duelo? ¿No aceptar el reto del contrario? Bonita situacion la tuya.

Para obviar ese para mí único inconveniente,—objetó un oficial aragonés, tenido en el batallon por hombre de valor á toda prueba y que habia permanecido silencioso hasta aquel momento—ventilase la cuestion del siguiente modo: Se tiene un lance personal, se presentan los padrinos del contrario proponiendo el desafio; no se admite; pero inmediatamente se busca al que se atrevió á dar el paso y sin compasion se le magulla el cuerpo á bastonazos en medio de la calle: si reincide, se vuelve á repetir de nuevo la escena en público. Esto no podrá ser decente, pero dá resultados positivos. Yo usé esta receta maravillosa en cierta ocasion, consiguiendo con ella que el contrario, espadachin consumado, me cobrara un temor tal, que huia ante mi vista como el raton huye de las garras del gato. Creo que en aquella ocasion quien pudo quedar en ridiculo fué el espadachin, el maestro de esgrima.

—Perfectamente repuso el alférez—¿pero qué resolucion fuera la tuya si grabasen en tu honra y tu dignidad una de esas ofensas que necesitan sangre á toda costa para ser lavadas?

¿Que qué haria? interrumpió el aragonés—¿que qué haria? Si la ofensa pedia sangre, con sangre la vengaria, ya conoces mi temperamento, pero era muy justo que aquel que impunemente hubiera pisado mi honor y escarnecido mi dignidad, pagara con la vida sus insultos; y si valido de su destreza intentaba llevarme al campo de la deshonra en vez del campo del honor, le atravesaria el co-

razon de una estocada, sin padrinos, sin testigos y sin nadie absolutamente para que espiase el delito el que lo hubiere cometido, eso que para vosotros es un asesinato, fuera castigomás legal y más justo que el desafío, que aunque entre algunos ilusos se tolera, sin embargo lo castigan todos los códigos del mundo.

Ese proceder criminal deshonraría el uniforme—exclamaron todos.

Crímen por crímen, el que la lógica y la razon aconsejan; el que impunemente rasgó los sagrados girones de la honra, merece castigo, nunca fuera racional ni justo que el ofendido cayera exánime bajo la punta del florete del contrario, que á su villanía unió la destreza y buscó la impunidad del crímen al abrigo de lo que estúpidamente se llaman leyes del honor.

La presencia del Jefe del batallon en el cuarto de banderas cortó la animada controversia de los Oficiales.

El lector hará sus comentarios y dará la razon á aquel que segun su criterio, estuvo más razonable en sus apreciaciones.

CONTINUARÁ

VICENTE REVEST.





## El Caballero de la Mesa Redonda.



### II.

En aquellos días tristes del mes de Octubre en que los huéspedes del gran hotel de Termas-altas se apiñaban hácia la cabecera de la mesa en el comedor frío y húmedo, á los postres la conversacion antes floja y mal humorada se animaba un tanto, aunque fuera para maldecir con nuevos alientos de la vida insoporrible de aquel caseron y del abuso de las propinas. Se hablaba mucho tambien de la virtud curativa de las aguas, tópicos de conversacion que en la temporada primera casi era de mal tono. La mayor parte de los enfermos se declaraban escépticos, unos en absoluto, negando la eficacia de toda clase de baños, otros con relacion á los de Termas-altas.

Aquella mañana en que vimos detras de la vidriera de la entrada al misero piamontés del arpa disputar en vano al viento y á los chaparrones el privilegio de halagar las orejas de los comensales, la animacion biliosa de última hora habia crecido en razon directa del mal humor taciturno con que el almuerzo habia comenzado.

Se negó allí todo, el cráter, las cataratas, las mejoras del establecimiento, la eficacia y hasta la temperatura de las aguas, el buen gusto de las bromas pesadas del verano, la hermosura del paisaje, la existencia del sol en tales regiones, y ¿qué más? hasta la fama de bellas y no muy timoratas, que gozaban las muchachas de las aldeas vecinas, se puso en tela de juicio.

Un matrimonio tísico de cincuenta años por cada lado, de gesto de vinagre aseguró que las chicas eran feas pero honradas á fuerza de salvajes, y que las aventuras que se referían no eran más que invenciones del Sr. Campeche para atraer parroquianos y gente profana, es decir solterones sanos como manzanas que no venían allí mas que á alborotar.

—No me parece muy correcto, decía el vejete, cuyas palabras sancionaba su mujer con cabezadas solemnes, no me parece muy correcto desacreditar á todo el sexo débil de un partido judicial entero con el propósito de llamar la atención y atraer gente de dudosa procedencia y de malas costumbres.

Este señor era fiscal de la Audiencia, y su mujer le ayudaba á echar la cuenta por los dedos cuando se trataba de pedir años de presidio, y de sumar y restar en virtud de las circunstancias agravantes ó atenuantes. La fiscalía se habia acostumbrado de tal suerte al tecnicismo penal que cuando le preguntaban cómo le gustaban los baños, si muy frios ó muy calientes, respondía: Sa-be V! me gusta tomarlos desde el grado medio al máximo.

Como siempre aquella mañana negó el fiscal la hermosura de las muchachas del contorno, y la facilidad de los idilios consumados al raso en aquellas frondosidades.

—Pues hombre, se atrevió á decir un D. Canuto Cancio, antiguo procurador que respetaba mucho al fiscal y le aborrecía mucho más *por pedinte*, como él decía; pues hombre... D. Mamerto no tiene fama de embustero... y, con permiso de V. señor fiscal y salvo su superior criterio... y su conocimiento del mundo... D. Mamerto asegura... en el seno de la confianza, por supuesto, que él, que la Galinda y la de Rico Paez... y la molinera...

—Lo de la molinera es un hecho, interrumpió otro comensal.

—Y á la de Rico Paez la he visto yo con D. Mamerto en la llosa de Pancho, al oscurecer, este mismo año, en Junio, dijo otro huesped.

—A V. D. Canuto, se dignó contestar el fiscal, despreciando á los interruptores, á quienes no conocía, á V. le hacen comulgar con ruedas de molino.

La fiscalía calándose los lentes de miope miró á D. Canuto con desdén y con aire de desafío como retándole á desmentir á su marido.—De molino! aseguró la altiva señora.





—Ese D. Mamerto...

Espectacion general, cesa el sonido de tenedores, los camareros se detienen á oír lo que va á orar el señor fiscal contra don Mamerto, el idolo de Termas-altas. El mismo Sr. Campeche, que oye sonriendo que le desacrediten las aguas, frunce el entrecejo temiendo que el señor fiscal se estralimite en esta ocasion.

—Ese D. Mamerto... El fiscal vacila. Duda si su autoridad es suficiente para arriesgarse á decir algo que lastime la fama de D. Mamerto.

—Ese D. Mamerto, esclama con voz de trueno un coronel retirado que ocupa al lado de Campeche la cabecera, es un modelo de caballeros, incapaz de mentir, y mucho ménos de darse tono con aventuras falsas y fortunas soñadas; entiéndalo V. señor mio!

Los fiscales se vuelven con sillas y todo hácia el coronel, el cual desde este momento asume la responsabilidad de todo lo que allí pase, segun es costumbre siempre que se ágrian las cuestiones á la mesa. D. Canuto es el que echa la liebre siempre, y si le insultan ó desprecian calla y se vuelve hácia el coronel como diciéndole «ahora V. empieza»; y el coronel, que nunca tira la piedra, porque es muy prudente, jamás esconde la mano, y aun suele utilizarla plantándola en la mejilla del lucero del alba si le irrita. D. Diego con su gota y todo defiende las tradiciones de la mesa, que tambien tiene tradiciones. Y nada más tradicional y respetable allí que D. Mamerto Anchoriz, un hombre que se presenta todos los años en Termas-altas dos veces, á pasar ocho dias por Mayo ó Junio, y otros ocho en lo peor de la otoñada, cuando más llueve, por hacer compañía á aquellos señores, y animar un poco á la gente. Nada de esto, ni de otras muchas cosas importantes ignora el fiscal, y por eso hace mal en poner reparos á un hombre que es sagrado en Termas-altas.

Verdad es que hasta ahora el señor fiscal no ha dicho mas que «Ese D. Mamerto»... pero lo ha dicho dos veces, y segun el coronel á D. Mamerto no se le llama *ese*; en fin él hipoteca las espaldas y asume toda la responsabilidad de lo que pueda ocurrir. ¡Y ojalá ocurra algo, piensan muchos huéspedes, porque todo es preferible, hasta la muerte de un fiscal, á la monotonia de aquella existencia!

El fiscal prevé un conflicto, porque ni su carácter, ni su dig-

nidad, ni su posición social le permiten mostrar pusilaminidad ni retirar palabras, ni aun dejar de decir las que tiene deliberado propósito de decir. En cuanto á la fiscala aún tiene muchas más agallas que su marido, é irritada en su grado máximo echa sapos y culebras por aquellos lentes dispuesta á defender la dignidad de la toga como gato panza arriba, en el caso de que su cónyuge no se muestre bastante enérgico.

Pero se muestra; porque dice, cogiendo un cuchillo por la hoja y golpeando el mantel pausadamente con el mango, en señal de tenacidad de carácter, y fijeza de opiniones, y serenidad de ánimo—Señor Coronel, nada he dicho que pueda ofender á V. ni al Sr. D. Mamerto, pero toda vez que V. se adelanta á mis juicios, con el ánimo de cohibir la libre manifestación de mi pensamiento, he de decir sin ambages ni rodeos, todo, absolutamente todo lo que pienso del Sr. Anchoriz.

—Se guardará V. de decir nada que sea en su desprestigio...

—Diré y digo, y tengo y mantengo que el tal D. Mamerto es un viejo verde...

Ni la cómoda que en día memorable cayó desde la galería sobre la mesa produjo efecto más estrepitoso que el de estas palabras del representante del ministerio fiscal. Tal fué la indignación en los comensales, hasta en los criados, que el mismo furor del Coronel se perdió en el oleage del general escándalo, y por aquella vez no pudo asumir responsabilidad alguna.

Fiscal y fiscala quedaron anonadados bajo el universal anatema y aprendieron á respetar la opinión de la multitud y el peso de la tradición ante los cuales poco vale el prestigio de la misma ley; y es de estrañar que el señor fiscal no supiera que ya en Roma la costumbre, esto es, la tradición, la historia tenía fuerza superior á la ley escrita.

El Coronel les llegó á tener lástima y no desafió ni al marido ni á la mujer.

Pero, ménos delicado, Perico, un camarero fanático de D. Mamerto, se encargó de dar á la pareja el golpe de gracia, diciendo modestamente, pero con la fuerza de los hechos consumados—El Sr. Anchoriz ha llegado esta mañana; se está bañando y ha dicho que vendría á almorzar enseguida.

Comoción eléctrica. A D. Canuto se le caen las lágrimas... se



le figura que ya no llueve... que ha vuelto la primavera. Todo lo perdona y sin pizca de ironía saluda al señor fiscal y señora que se retiran dignamente á su cuarto, despues de una profunda inclinacion de cabeza.

El Coronel exige que no se le diga nada de lo sucedido á Anchoriz; no quiere que sepa el pequeño servicio que acaba de hacerle *siliendo* por su honor—Éstas cosas no se hacen para que se agradezcan, sino porque salen de dentro.—

Convenido; no se le dirá nada. Pero ¡qué alegría! ha llegado D. Mamerto! No podia faltar. ¡Y qué delicadeza! Precisamente con aquel tiempo de perros ¡Qué abnegacion!

El piemontés del portal se levanta de pronto, y con pulso firme y potente arranca al arpa melancólica los acordes solemnes de la marcha real.

—El, es él! Todo en pié—Viva D. Mamerto! Las servilletas ondean como blancos gallardetes—¡Viva!

### III.

D. Mamerto Anchoriz, acostumbrado á estas ovaciones, no se turbó un momento; con el sombrero de paja fina negra y blanca, de ala estrecha y redonda, saludó al concurso, mientras la sonrisa magestuosa y benévola de sus labios finos y sonrosados brillaba bajo el bien rizado bigote, entre las patillas anchas, negras y lustrosas.

Era alto y fornido, de tez blanca y suave, de mano pequeña y delicada con uñas de color de rosa. Sobre el vientre un poco abultado, poco, despedia relámpagos de blancura un chaleco de la más rica tela, y cazadora y pantalon de alpaca de seda gris completaban el traje de tan arrogante buen mozo, cuya pierna había, en todas las épocas de nuestra historia constitucional, sin contar las dos primeras, atraído las miradas de las mujeres de todas las clases sociales.

Desde los quince años había sido Mamerto el mejor mozo de su tierra, y segun la malicia medio siglo llevaba de seducir casadas y solteras, viudas y monjas, marquesas y ribeteadoras, aldeanas y bailarinas. Es claro que exageraba la malicia. D. Mamerto no podia tener setenta y cinco años ni mucho ménos, pero sí era seguro

que tenía muchos más de los que aparentaba, y no se diga de los que él confesaba, por que él no confesaba nada, ni de sus años se le había oído hablar nunca. Lo cierto era que las generaciones pasaban y se sucedían, y Anchoriz era el mismo para todas ellas; el Anchoriz de patillas negras, de labios sonrosados, de ojos suaves y brillantes, de puños tersos, como nieve, de pantalón inglés del mejor corte, de arrogante apostura, de elegancia discreta, seria y sólida; el Anchoriz eterno, arquetipo de buenos mozos, a lomo de toda fiesta, espectador de todo espectáculo, parte de toda alegría pública, elemento de la animación y de la algaraza á todas horas y en todos los sitios.

Jamás se le había visto en un entierro, ni los enfermos le debieron visitas, ni dió limosnas en su vida, ni prestó un cuarto, ni hizo un favor de cuenta, ni votó á nadie diputado ni concejal, ni dejó de engañar á cuantos maridos pudo ni de padres ni hermanos se cuidó para dejar de seducir doncellas; y sabiéndolo así toda la provincia no había hombre mejor quisto en ella, y todos decían— ¡Oh, Anchoriz! un cumplido caballero! ¡Y qué bien conservado!

También se decía de él que si hubiera leído hubiera sido un sábio, porque talento natural no lo había como el suyo, y del mundo sabía cuanto hay que saber.

No era muy rico, pero como si lo fuera vivía. Durante muchos años no había tenido oficio ni beneficio, sino un hermano acaudalado, con quien no vivía (porque su casa era siempre la mejor fonda del pueblo), pero que pagaba todos sus gastos á lo que se creía; todo á pretexto de una herencia que no acababa de dividirse. Ni el hermano se quejaba ni el mundo murmuraba. Murió aquel pariente y dividida la herencia se vió, ó se calculó, que la parte de Mamerto era exigua, mas él había seguido siendo el mismo, feliz, bien comido, elegante, sin privarse de nada. Por fin se había descubierto que de poco tiempo á aquella parte era Anchoriz administrador general del duque de Ardanuelo aunque nada le administraba, porque los mayordomos particulares de cada uno de los dominios del duque se lo daban todo hecho á Mamerto. El palacio del magnate estaba á la disposición del administrador general, y por ostentación, por vanidad ó lo que fuese, haciendo un paréntesis en su vida de fonda, Anchoriz se fué á vivir al gran caseron de Ardanuelo. Sin embargo la comida la hacía traer de la



DE MADRID

fonda. Pasaron seis meses y el público notó que Anchoriz adelgazaba y palidecía ¡Anchoriz triste, Anchoriz malucho! ¿iba á acabarse el mundo? Los médicos más distinguidos de la ciudad se creyeron en el deber de estudiar al enfermo, sin alarmarlo, por supuesto. No pudieron dar en el quid de la enfermedad. Fué él, Mamerto mismo quien acertó con el diagnóstico y con la cura. Una tarde se presentó en la cocina del Hotel del Aguila, su antigua vivienda; se acercó al cocinero, y sonriendo despues de darle una palmada en el hombro, exclamó:—Perico, pon hoy *tropiezos* en la sopa.

—En qué sopa?

—En la de casa, en la sopa de todos....

—Cómo,—el señorito come aquí hoy...?

—Si... hoy, mañana y todos los días; pon *tropiezos*.

Los *tropiezos* eran pedacitos de jamon, aderezo familiar de la sopa, que Mamerto amaba como un dulce recuerdo del hogar paterno; él, que en la comida era un perfecto gentlemen y habia sabido despreciar desde muy jóven la cocina española, y burlarse del puchero y de los guisotes, comía siempre que podía sopa *grasienta* con pedacitos de jamon, lujo de los grandes banquetes de su padre, á que para toda la vida se habia aficionado. Era el único recuerdo que consagraba á la tradicion, á la familia. No creia en la religion de sus mayores (aunque tampoco se *metia con ella* para nada, segun su frase) no creia en los buenos resultados de la monogamia, ni en los afectos naturales engendrados por la sangre, no creia en la pátria, no creia más que en la sopa con *tropiezos*. Era su única *preocupacion*, su única *antigualla*.

Cuando él vivia en la fonda se comía casi siempre la sopa de D. Mamerto. Al oír aquella noticia el cocinero se enterneció, se enterneció el pinche, y las muchachas que estaban encargadas de la limpieza de los cuartos cantaron ó lloraron de alegría segun el temperamento. El número 6, que habia sido durante tantos años de D. Mamerto, estaba vacío desde que él lo habia dejado. Allí volvió aquella misma noche. La viuda de Uría, dueña del hotel, dijo solemnemente á todos sus criados que aquel día era inolvidable para la casa. Cuando el huesped querido ocupó á la mesa el puesto de honor que tantos años habia sido suyo, hubo en el comedor un silencio elocuente, una emocion profunda en criados y co-

mensales antiguos. Los huéspedes nuevos miraban con respeto tambien al héroe de la noche. En cuanto á Mamerto, risueño, impasible, con los ojos en el plato sopero, enfriaba su sopa de tropezos con la naturalidad y modestia, y tranquila parsimonia que eran sus rasgos caracteristicos; se conocia que, como siempre en situacion semejante aquel hombre no pensaba mas que en la sopa.

Aquella sencillez con que supo volver á sus hábitos el caballero sin tacha recordó á un comisionista erudito el caso de Fray Luis de Leon, cuando volvió á su cátedra de Salamanca despues de su larga prision.—Dicebamus externo die—decíamos ayer—habia dicho Fray Luis. Pues Mamerto parecia estar diciendo—Comíamos ayer. Desde que volvió á la fonda se notó por dias, casi por horas, la mejoría. En pocas semanas volvió á ser el mismo de siempre y la ciudad durmió tranquila.

#### IV.

Jamás habia estado enfermo ni pensaba estarlo. Muchas y muy complicadas eran las causas que contribuian á esta perfecta salud, que era la suprema ambicion de Anchoriz, su única ocupacion seria; pero si algun entrometido se atrevia á preguntarle—Hombre, qué receta tiene V. para estar siempre bueno?—

Mamerto contestaba sonriendo—No lea V. nunca despues de comer.

Y si el que consultaba le merecia algun interés, añadia Anchoriz—Ni antes.

Es claro que esta receta vulgar la daba para despachar á los importunos; su sistema higiénico, su filosofia no era cosa que pudiera proponerse como los aforismos médicos de un sacamuelas. ¡Ahí era nada! querer inquirir el secreto de su salud inalterable! Ciertamente que en el programa de su vida perfectamente sana entraba la abstencion de la lectura; pero no era esto sino parte muy secundaria del sistema.

Leer! claro que nó ¿para qué? La lectura suponía cierta curiosidad nociva, una impaciencia espiritual, una falta de equilibrio que contradecian las condiciones del bienestar verdadero. En rigor el no leer más que causa de la salud era efecto de la salud; no estaba sano porque no leía, sino que no leía... porque estaba sano.



Nada de cuanto pudiera decir un escritor podía importarle á él absolutamente nada. No aborrecía Anchoriz la literatura y la ciencia, no; las despreciaba, como despreciaba las boticas, y á los boticarios, y á los médicos, y á los enfermos. Ante un ataque de nervios, ante un rasgo de heroísmo, ante un chispazo de ingenio Mamerto sonreía con lástima; todo aquello era lo mismo, desequilibrio, anuncio de pronta muerte, una idea equivocada de la existencia. No concebía un desafío, ni una mala palabra, ni una buena obra. El principio de la vida era el egoísmo absoluto. Sacrificar á los demás algo que fuera más allá de los servicios que impone la cortesía, era perderse. No hacer jamás nada en bien del prójimo era obra difícilísima, casi milagrosa; cierto; por eso él no había conocido más hombre feliz que uno: Mamerto Anchoriz.

De este gran principio del egoísmo absoluto nacían todas las reglas de conducta, que daban por resultado aquella plácida existencia, que Anchoriz pensaba prolongar indefinidamente. ¿Había que morir? Allá se vería. Todas las afirmaciones rotundas le empalagaban; no había nada seguro respecto de nada; el que hasta la fecha se hubieran muerto todos los hombres conocidos no era una prueba absoluta de que en adelante se muriesen todos también. La ciencia decía que todo organismo se gasta, que todo lo finito perece... Conversación! La ciencia decía tantas cosas! El no negaba la posibilidad y aun la probabilidad de la muerte; pero en fin no era cosa segura, lo que se llama segura... y esto bastaba para su tranquilidad. Lo importante además no era este aspecto metafísico y abstracto de la cuestión, sino su aspecto práctico, es decir, el no morir.—Mientras yo viva, poco importa que sea mortal. Una cosa es *mortal* y otra cosa es *muerto*—Recordaba haber oído que según Buffon todo hombre, por viejo que sea, puede tener la legítima esperanza de vivir todavía un año. Gran sábio era sin duda este señor Buffon, y digno de no haberse muerto. El, Anchoriz, pensaba tener siempre el cuerpo en disposición de funcionar por más de un año; y así la muerte, que al fin era, por lo que á él se refería, sólo una palabra, una amenaza, una creación fantástica, iría retrocediendo, y la vida ganándole terreno. Por otra parte él sabía cómo morían esos ancianos que son ejemplos de longevidad: acababan como pajarillos, como recién nacidos. Se estinguen sin lamentos; en ellos el estómago y toda la vida vege-

tal sobrevive al cerebro y á cuanto anuncia la existencia del alma... Pues morir así, en rigor tampoco es morir. El esperaba suponiendo lo peor, esto es morir al cabo, pasar á mejor vida cuando ya no lo sintiera... y espirar, como un viejecito, á quien habia conocido, pregonando—Quesos de Villalon! El quesero!— desde el lecho de muerte, y jurando y perjurando que ya era la hora de comer... No, aquello no era morir... Y allá... hácia los ciento veinte años... y pico... qué diablos, el trago no era tan fuerte. En todo caso ya lo pensaria.

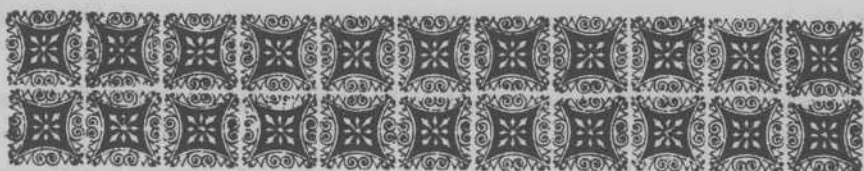
Y entre tanto vivia tranquilo, sereno *sub specie aeternitatis*.

CONTINUARÁ

CLARIN.







De los sistemas de organizacion judicial  
Y ENJUICIAMIENTO PENAL  
DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

---

EGIPTO

“Cuando la expedicion francesa, dice Laurent, reveló las obras del génio egipcio por tanto tiempo olvidadas en aquellas misteriosas soledades, arrancaron el mismo grito de admiracion á la Europa asombrada. A la vista de Tebas, el ejército de Desaix aplaudió estrepitosamente. Los sábios llamados por un guerrero civilizador al descubrimiento de aquel mundo desconocido, escribieron que los Egipcios ocupaban por sus monumentos el primer lugar entre los pueblos de la tierra.”

Con estas palabras del eminente catedrático de la Universidad gantesa, podemos dar principio á nuestro estudio al intentar describir siquiera sea rápidamente, la organizacion judicial que cuatro

mil años antes de Jesucristo hallamos planteada en el misterioso imperio de los Faraones.

Escasos son ciertamente los datos históricos de que para ello nos es dable disponer, porque los magníficos secretos que la expedición científica francesa logró arrancar á la muda grandeza de los templos y monumentos egipcios, ninguna ó escasa luz arrojan en lo que á la esfera del derecho penal se refiere.

Pero de las relaciones más ó menos exactas, de las afirmaciones más ó menos precisas que los historiadores de la antigüedad griega y latina nos han trasmitido en este punto, fácilmente se deduce y adivina el espíritu de aquellas celebradas instituciones jurídicas que, dignas de atenta admiración y estudio, brevemente nos proponemos reseñar.

Resulta de aquellos antecedentes históricos que la organización del poder judicial en Egipto, hubo de descansar en dos elementos esenciales que la sirvieron de base y fundamento: de un lado la autoridad real, y de otro la influencia tradicional é incontrastable de la clase sacerdotal. Con arreglo á estos principios, hallamos planteada en la antigua sociedad egipcia una verdadera organización judicial cuya gerarquía sábiamente combinada, revela su alto sentido de civilización y de cultura.

En efecto, según las relaciones de Strabon y Diodoro de Sicilia, para los efectos de la administración pública, el territorio egipcio se hallaba dividido en treinta y seis *nómas* ó prefecturas divididas en *toparquias*, subdivididas á su vez en pequeñas circunscripciones llamadas comunes ó *términos rurales*.

Al frente de la administración de cada prefectura se encontraba un *monarca* llamado también presidente del país y señor de los honores y homenajes y á quien en el ejercicio de sus funciones judiciales asiste un *tribunal* compuesto de jueces *reales*, calificación dice Herodoto que indica bien á las claras eran directamente nombradas por el Rey.

Cada noma ó prefectura tenía, pues, su tribunal cuya jurisdicción es de creer fuese á un tiempo civil y criminal según los datos admitidos como más verdaderos. Pero cuál era el límite de la competencia de este tribunal? ¿Se extendía su jurisdicción al conocimiento de todos los delitos? ¿Juzgaba en primera ó en única instancia? ¿Era superior á otros tribunales que acaso le estaban supeditados?



Cuestiones son estas que por su duda y oscuridad no pueden resolverse, y que por lo mismo no abrigamos la necia pretension de resolver. Cuando la historia calla, creemos prudente imitar su silencio, evitando así el aventurarnos en una série de deducciones que ningun sério fundamento puede autorizar.

Lo que sí puede asegurarse con toda exactitud y certeza el que, como cabeza y superior de todos los Tribunales del reino, existia en Memfis una Corte ó Tribunal Supremo de cuya especial organizacion tenemos minuciosas noticias. Componiase de treinta jueces-sacerdotes, elegidos de diez en diez por cada uno de los colegios sacerdotales de las tres grandes ciudades sagradas: Memfis, Tebas y Heliópolis; y segun Diodoro de Sicilia aquel alto Tribunal por su saber é ilustracion, podia competir dignamente con el Areópago de Atenas ó el Senado Lacedemoniense. Reunidos aquellos treinta jueces elegian de su seno un presidente que por la sólo razon de su cargo era considerado como una de las primeras dignidades del Estado, y como símbolo y distintivo de su alta autoridad llevaba pendiente al cuello por una larga cadena de oro adornada de rica pedrería la imágen de la diosa Saté ó de la Verdad.

Así constituido el Tribunal y antes de entrar en el desempeño de las funciones que le estaban encomendadas, era su primer acto comparecer á la presencia del Rey ante el cual prestaban los jueces solemne juramento de renunciar su cargo, si alguna vez como Jefe y Señor del pueblo egipcio pretendia obligarles á dictar un fallo injusto. Y tan grande pudo ser el prestigio de que este elevado Tribunal gozara, que sus miembros no podian ser residenciados en vida; pero á su muerte y como si el derecho de la posteridad hubiera ya empezado, eran llamados á dar cuenta de su conducta á los que habian cesado de temerles. Tales son esos *juicios de los muertos* de que tanto hablan los antiguos, y en que los príncipes y magistrados eran objeto de una informacion ó prueba judicial antes de lograr sepultura. Un lago separa la tierra de los vivos de la última mansion de los muertos; su heraldo intima al cadáver detenido en la orilla que dé cuenta del uso que hizo de su vida. Desde aquel instante enmudece el miedo, el interés, la envidia y delante de cuarenta jueces comparecen vicios y virtudes hasta entónces ignoradas. Si ha cumplido fielmente los deberes de su categoría alcanza los honores fúnebres; de lo contrario le son negados.

Lástima es que el estado actual de los conocimientos históricos con relacion á aquella época, no permita indicar ni aun por congettura siquiera cuales eran la jurisdiccion y competencia de aquel Tribunal Superior, que es probable conociese en último grado de apelacion de las sentencias de los jueces y tribunales inferiores, siendo además el encargado de juzgar á los delincuentes de las clases más elevadas de la sociedad, ó que hubieren atentado á la majestad del Estado ó de la Religion.

Para auxiliar la accion de la Justicia, hubo en Egipto, segun afirma el ilustre Thonissen, una especie de gendarmería ó policia judicial cuyos jefes estaban obligados bajo severisimas penas á denunciar á los magistrados los delitos de que por cualquier medio tuvieren conocimiento.

Esta última institucion en nada embarazaba la publicidad y generalidad de la accion penal puesto que todo egipcio tenia el derecho de ser acusador privado. Más aún; esta acusacion era rigurosamente obligatoria en los casos de muerte y el testigo presencial de un crimen tenia el forzoso deber de denunciar al delincuente á la Justicia, de perseguirlo en su nombre y aun prenderlo si le fuera posible, despues de haber socorrido á la víctima. Pero ¡ay del acusador que no lograra justificar su acusacion! porque en tal caso y en pena á su ligereza, falsedad ó atrevimiento, se le imponia el castigo que caso contrario habria de infligirse al denunciado si la imputacion del crimen resultara legalmente probada. Los terribles peligros que de tal suerte corria el acusador privado, hubieran sido con razon causa bastante para alejar á los egipcios del ejercicio de la accion penal pública, si la prevision del legislador y la severidad de las leyes no la hubieran impuesto y proclamado como una obligacion revestida de estrechísima sancion penal; y por eso el que encontrándose en las condiciones determinadas por la ley no cumplia sus funciones acusadoras, era en castigo azotado públicamente y privado además de todo alimento durante tres dias consecutivos.

Mas si la acusacion era, como acabamos de ver, obligatoria para el ciudadano, no por eso era permitida la venganza privada; lejos de ello estuvo prohibida en Egipto desde la más remota antigüedad, no encontrando en su legislacion penal rastro ni huella alguna del sistema de composiciones pecuniarias tan general des-



pues en todo Europa, y que desarmando el brazo de la Justicia social sometía ruinmente al interés privado el interés general.

En cuanto á los medios de instruccion propiamente dichos, conocían los magistrados egipcios el juramento, la inspeccion ocular, el interrogatorio, la informacion sumaria, la tortura, la detencion personal preventiva, y como medio de aplicacion más general y frecuente un procedimiento sumario análogo bajo cierto aspecto á los llanados juicios de Dios. Reduciase este á obligar al reo á comparecer en el templo, y allí en presencia de la imagen de la divinidad un oráculo por boca del sacerdote pronunciaba el fallo consiguiente declarando su culpabilidad ó inocencia.

Se juraba por cabeza de Faraón. El mismo José hijo de Jacob lo tenía al parecer por costumbre, y el Génesis nos ofrece en sus páginas testimonio de que aquel fué el juramento usual de los egipcios.

Ningun dato tenemos que nos permita indicar el sistema ó modo de proceder de los tribunales inferiores en el ejercicio de su jurisdiccion y funciones: sólo tenemos datos precisos acerca de las formas procesales seguidas en el Tribunal Supremo.

Tenía este Tribunal su asiento y residencia en Memfis. Los treinta jueces que le componían se sentaban magestuosamente por riguroso orden de edad á uno y otro lado del presidente, colocados en alto estrado y revestidos de sus ornamentos sacerdotales como para un solemne sacrificio, teniendo abiertos delante de sí los libros sagrados de la Ley. Durante el juicio reinaba en la Sala-Audiencia un silencio glacial, aterrador, profundo, que nadie se atrevía á interrumpir. El Tribunal de los sacerdotes, dice Herodoto, difundía en derredor suyo, aquel misterioso silencio que en Egipto guardaban las cosas sagradas de toda profanacion. Sentados los jueces, eran introducidos el acusador y el acusado. Los ejecutores del fallo que habia de pronunciarse estaban de antemano preparados para ejercer su terrible ministerio. El acusador formulaba por escrito su denuncia que terminaba pidiendo contra el acusado la aplicacion de una ley penal. Por escrito tambien contestaba el acusado refutando los cargos de que se le hacía objeto; y ó bien negaba en absoluto su participacion en el crimen que se le imputaba, ó bien alegaba los hechos conducentes á su justificacion,

ó bien en fin, confesando su delito sostenía no serle aplicable la pena que se le pedía. Y despues de responder el acusador y de replicar el acusado, el presidente declaraba terminado el debate. Los jueces se retiraban entónces á la Sala ó lugar de sus deliberaciones, y cuando despues de una decision tomada en el secreto del santuario, el Presidente encargado de publicar el fallo se presentaba de nuevo ante los espectadores, no profería palabra alguna, no rompía aquél mutismo religioso cuya violacion hubiera parecido un ultraje á la inmutable serenidad de la Justicia. A una señal-suya, la parte que habia ganado se aproximaba á él: el presidente le daba á besar la inágon de la Verdad que llevaba suspendida al cuello, y el triunfo de uno era la señal de condenacion del otro. Acto continuo y en medio de un silencio profundo que el espanto de todos hacía más terrible, los ejecutores se arrojaban sobre el culpable arrastrándole al lugar del suplicio.

De este modo, dice Alberto des Boys, los jueces difundían en torno suyo un misterio tan aterrador y sombrío como el que la Divinidad inspira siempre al fanatismo religioso. Consultados por escrito, respondían emblemáticamente, y sus decisiones tenían algo de la maravillosa infalibilidad de los oráculos.

Además de estos Tribunales comunes ú ordinarios, habia tambien en Egipto dos jurisdicciones especiales: una en favor de los comerciantes griegos que sólo podían ser juzgados por magistrados de su misma nacionalidad; y otra en favor de los militares á quienes en tiempo de guerra juzgaban sumaria y rigurosamente sus propios compañeros de armas. Diodoro de Sicilia refiere que Belesis, sacerdote guerrero, fué acusado de haber sustraído riquezas del palacio de Sardanápalo despues de la toma de Nínive; que sus compañeros de armas le pregonaron y le condenaron á muerte.

Finalmente, este sistema de organizacion judicial se completaba con la jurisdiccion patriarcal, en virtud de la que el padre juzga y reprime con autoridad correctiva, las faltas llamadas domésticas cometidas por los esclavos y criados. A este propósito, Mr. Chámpollion nos dice haber encontrado en la tumba de Neotph cerca de Beni-Hassam, quince bajos relieves representando: 1.º los delitos cometidos por los criados ó esclavos; 2.º el arresto del procesado, su acusacion, su defensa, y su juicio por el director de la casa; 3.º su condenacion y su ejecucion, que no es más que



un apaleamiento, cuyo proceso verbal remitía al jefe de la familia con el legajo mismo del proceso, el mayordomo, director ó intendente de la casa.

Tales son en suma, las escasísimas noticias que la historia nos ofrece acerca del sistema de organizacion judicial y enjuiciamiento penal de los egipcios. Para emitir un juicio definitivo sería menester un conocimiento más perfecto y detallado de aquellas instituciones jurídicas; pero la sólo y simple esposicion de cuanto dejamos dicho nos permite entrever lo relativamente avanzado de la civilizacion en una Sociedad que en tan remotos tiempos y á través de los siglos tantos puntos de semejanza presenta con la cultura del derecho actual.

Cierto que el Derecho de castigar se considera como una delegacion de la Divinidad; cierto, que en su consecuencia la administracion de justicia fué atributo privilegiado de la clase sacerdotal; cierto tambien que todo el exterior del procedimiento criminal era lúgubre, aterrador, sombrío; pero téngase en cuenta que en Egipto como en todas las sociedades nacientes y como en todos los pueblos primitivos, el órden social se confunde con el religioso, el poder sacerdotal es el poder director del Estado, y que en fin hasta la legislacion civil no es otra cosa que uno de tantos capítulos del dogma teológico. Por otra parte el libro de la Ley estaba escrito en caracteres geroglíficos; los sacerdotes eran los únicos capaces de leerlo y comprenderlo, y merced á sus sagradas interpretaciones que tenían fuerza de Ley, dominaban con absoluto imperio la vida entera de aquel pueblo completamente avasallado por el absorbente influjo de la teocracia.

Y hé aquí facilísimamente explicado, cómo á pesar de las pacíficas costumbres de los egipcios, de su innegable amor á la justicia, y de la solícita vigilancia del Poder público, eran tan numerosos y alarmantes los crímenes en el reino de los Faraones. Porque inspirándose el legislador en la idea de ser el representante de la Divinidad, no sólo castiga como delito los hechos que constituyen una violacion del órden moral y religioso, sino que en su afan de seguir paso á paso las prescripciones de un culto que no dejaba nada fuera de su influencia, habia reglamentado minuciosamente todos los actos de la vida más íntima y privada del ciudadano. La menor infraccion de estas prescripciones lleva-

ba aparejada la aplicacion de una pena; y al decir de Platon, la pintura, la escultura y el baile estaban sujetos á leyes inmutables.

En conclusion; sólo colocándonos en aquella época y estudiando con detenimiento y profundidad aquel momento histórico, podemos apreciar debidamente el justo valor de unas instituciones que es loco empeño pretender juzgar con el criterio del siglo XIX.

M. SAN ROMÁN.







## DE MI COLECCION



### V.

Al mirar de tus ojos los destellos,  
no sé lo que sentí,  
como acerados y punzantes dardos  
se clavaron en mí.

\* \* \*

Mi amante corazon, triste hasta entónces  
comenzaba á latir;  
convencime más tarde  
que empezaba á morir.

\* \* \*

Una y mil veces los miré extasiado,  
y no encontré jamás,  
tan sólo una mirada, una tan sólo  
de compasion no más.

\* \* \*

Y es que en tu pecho, frio cual sepulcro  
del yerto corazon,  
no caben, no, bien mio,  
ni amor, ni compasion.

HERMINIO MADINAVEITIA.





## SOLEDAD.

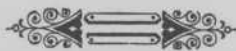


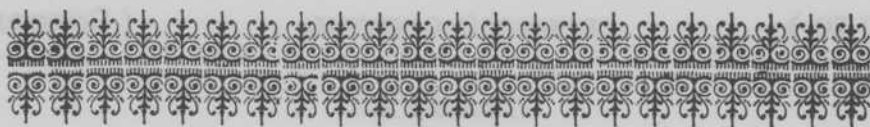
Llega al jardín donde á su amado espera  
quedo andando, muy quedo,  
y por más que en la noche placentera  
se siente palpitar la primavera  
¡la niña tiene miedo!...

—  
¡Tiene miedo! Ni amenguan sus temores,  
ni alivian sus congojas,  
luz y aromas de estrellas y de flores,  
ni el ruiseñor que canta sus amores  
allá en su alcázar de sonantes hojas.

—  
¡Ay! En la noche tibia y perfumada  
la niña enamorada  
á quien presta la luna su aureola,  
más que encontrarse sola  
debe temer sentirse acompañada.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.





# CRONOLOGIA CONYUGAL.

## JORNADA CÓMICA. (1)



### PERSONAS.

CAZADOR 1.º—CAZADOR 2.º—PÉRU.—UN CHICO

DE OCHO AÑOS.

Una casería de Baracaldo en Vizcaya. En la portada un emparrado con una mesa y bancos. Sobre la puerta de la casa un ramo fresco. A la derecha de la portada un cerezo. Anda por allí jugando el chico, que viste pantalón de algodón azul, llamado Mal año-para ello.

### ESCENA PRIMERA.

DOS CAZADORES BILBAINOS CON ESCOPETAS Y BRUJACAS, QUE POR LA IZQUIERDA DE LA CASA APARECEN FATIGADOS DEL CALOR.

*Cazador 1.º*

¡Esto es asarse vivo!

*Cazador 2.º*

¡Yo sudo caldo!

---

(1) Este cuento popular... hum, algo picarillo es, pero tiene también su enseñanza que no conviene echar en saco roto, y por eso le recogí y versifiqué cuando aún me dominaban resabios de la mocedad.

*Cazador 1.º*

¿Dónde estarán las fuentes  
de Baracaldo,  
que no hay ni rastro de ellas  
en el camino?

*Cazador 2.º*

Aquí escasea el agua  
y abunda el vino.

*Cazador 1.º*

Yo bebería ahora  
todo un estanque.

*Cazador 2.º*

Yo también.

*Cazador 1.º*

Calla, en casa  
de Péru hay "branque!,"

*Cazador 2.º*

Pues vamos á sentarnos  
bajo la parra. (*Se sientan.*)

*Cazador 1.º*

Vamos.

*Cazador 2.º*

(*Llamando.*) ¿Péru?

## ESCENA II.

CAZADORES Y PERU.

PÉRU (*saliendo de la casa.*)

¿Qué quieren?

*Cazador 1.º*

Saca una jarra.

*Péru.*

¡Je! ¡Tengo una pipilla  
que tiene un zumo!

*Cazador 1.º*

¿Sí? Pues esa es la pipa  
de que yo fumo

¡Anda! (*Entrase Péru.*)

## ESCENA III.

LOS CAZADORES.

*Cazador 1.º*

Refrescarémos  
 manita á mano  
 á la apacible sombra  
 de este "antuzano,"  
 y así.....como quien dice  
 de sobremesa,  
 te contaré una historia  
 baracaldesa,  
 que en Baracaldo abundan  
 historias lindas,  
 sonrosadas y dulces  
 como las guindas,  
 sin que por eso dejen  
 de abundar cuentos  
 que tienen el picante  
 de los pimientos,  
 y así como aquí hay hombres  
 "espirituales,"  
 como lo de las viñas  
 y los parrales,  
 hay tambien aquí algunos,  
 ¡voto á brios Baco!  
 que es lástima no pazcan  
 hácia Burzaco!

## ESCENA IV.

LOS CAZADORES.—PÉRU.—EL CHICO.

CAZADOR 2.º (*viendo aparecer á Péru con una jarra grande  
 y dos vasos.*)

Venga, Péru.

*Péru.*

Aquí tienen  
 media por barba  
 del que hoy he taponado.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

DE MADRID

*Cazador 1.º*

¡No es mala parva!

*Péru.*

Ya verán como alegre  
la pajarilla

*(Beben los cazadores el vino que Péru les ha escanciado)*

*Cazador 1.º*

¡Bueno es! ¿Y dónde tienes  
á tu costilla,  
que hoy por aquí no vemos  
su lindo rostro?

*Péru.*

Está á ver al indiano  
de Somorrostro.

*Cazador 1.º*

¿Qué, son amigos?

*Péru. (con orgullo)*

Mucho,

casi de toda  
la vida, es decir, de ántes  
de nuestra boda.

*Cazador 1.º*

¿Y ese chico?

*Péru.*

El primero.  
que parió aquella.

*(El chico sube al cerezo.)*

*Cazador 1.º*

¿Será listo?

*Péru.*

Más listo  
que una centella.  
¡Mirénle! El mejor día  
se descalabra.

ANTONIO DE TRUEBA.

CONTINUARÁ



HEMEROTECA  
MUNICIPAL



DE MADRID

# ORIENTAL.



A MI QUERIDO AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR TOMÁS BRAVO.

Zorayda: escucha el amor  
que te canta el trovador  
al pié de tu celosía,  
y haz por calmar su dolor  
¡paloma del Mediodía!

Asómate á la ventana,  
que el aliento de tu boca  
perfumará la mañana.  
Te lo pide mi alma, loca  
por tu amor ¡bella sultana!

Sal al *miradero* á ver  
postrado ante tí de hinojos,  
á quien nadie su poder  
ha sabido deponer...  
mas que el fuego de tus ojos.

Te lo ruega enamorado  
el apuesto trovador,  
quien en la lid donde ha entrado  
ha sido siempre admirado  
por su bizarro valor.

Quien con frases amorosas  
y palabras cariñosas  
te pagará tus sonrisas;  
quien te alfombrará con rosas  
el suelo por donde pisas.

Quien en las justas terciando  
y en los torneos venciendo,  
hoy vá su fama ensanchando

débiles cañas quebrando  
y fuertes lanzas rompiendo.

—  
Quien te hará plantar jardines  
llenos de nítidas flores,  
y en paseos de jazmines  
te aclamará entre muezzines,  
la reina de sus amores.

—  
Quien luchó con los infieles,  
quien venció á los soberanos,  
quien tiñó sus alquiceles,  
y quien trajo en sus corceles  
las cabezas de cristianos.

—  
Quien torres de filigrana  
construirá para tí,  
y te hará, por lo galana,  
de sus harenes sultana,  
de sus huríes, hurí.

—  
Quien de tí vive prendado,  
Quien en tí cifra su amor,  
quien á tí está consagrado,  
y... quien, si viese manchado  
por alguien, tu limpio honor,

—  
Seria tal su venganza,  
que con heróica pujanza  
y con bizarra fiereza,...  
¡te traería su cabeza  
en la punta de una lanza!

FRANCISCO ZARANDONA.

